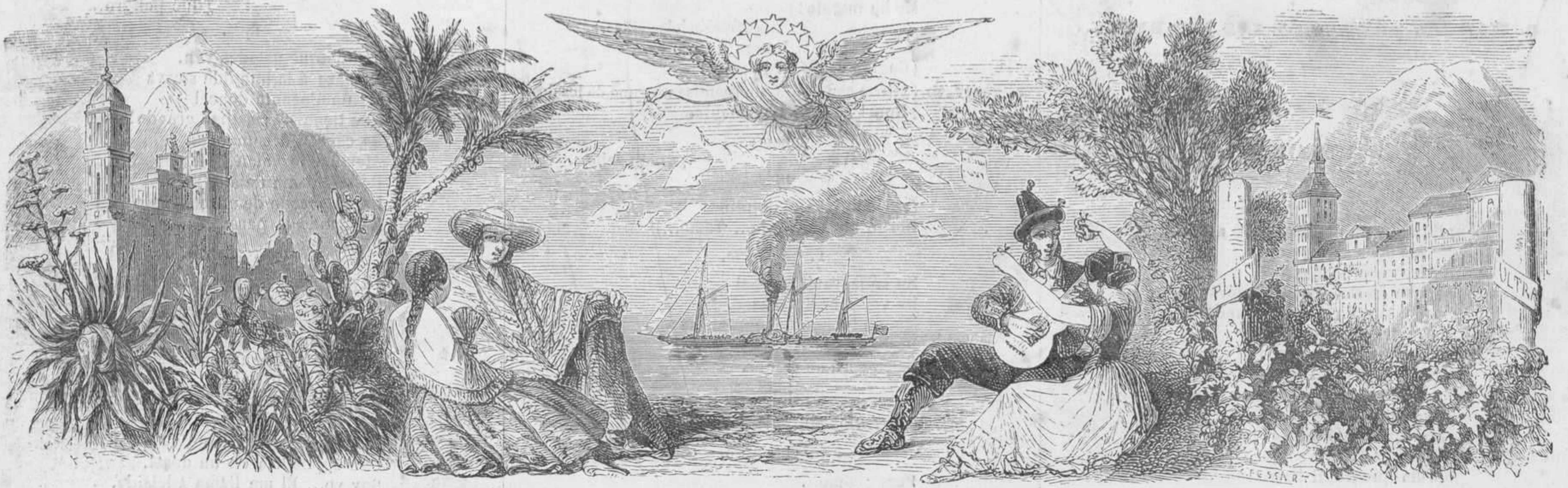


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — Tomo VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 189.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris

SUMARIO.

S. M. el Emperador en Plombieres; grabado. — La hipocresía del vicio. — La Manura del Sig; grabados. — Hundimiento del puente de la aldea de Pont-de l'Arche; grabado. — Las regatas de Burdeos; grabado. — Revista de Paris. — Hombres ilustres de la América española. — Los ferro-carriles del Estado en Austria; grabados. — Gerifalte. — Adios á la Crimea; grabados. — La mina de oro. — Revista de la moda. — Una fiesta rusa en Baden; grabado.

S. M. el Emperador en Plombieres.

El emperador Napoleon ha pasado una corta temporada en los baños de Plombieres, llevando allí una vida apacible y retirada. De tiempo en tiempo el *Moniteur* daba noticias de la salud de S. M., y segun ellas parece que los baños han producido el buen efecto deseado. El Emperador no turbaba el descanso que fué á buscar á Plombieres, sino para dar algunos paseos por las cerca-

nias. Por todas partes, segun el periódico oficial, las poblaciones salian al encuentro del Emperador y le saludaban con sus aclamaciones. Otras correspondencias hablan de las mejoras que se preparan en ese país ya tan pintoresco, pero que será mas curioso aun gracias á los cambios ejecutados por las ideas del Emperador, y que consagrarán la memoria de su residencia en esos lugares.



S. M. el Emperador en Plombieres.

LA HIPOCRÉSIA DEL VICIO,

Comedia inédita en tres actos y en verso

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Continuacion.)

ESCENA IV.

INÉS.

¡He aquí un marido!... Y así
De los doce son los diez.
Neciamente confiado
En que he de guardarle fé,
No porque Dios me lo manda,
Sino por ser él quien es,
Al borde del precipicio
Me conduce; y si mi pié
Resbalase, ¡a mí y á Dios
Acusaria despues!
¡Ah! quien así compromete
La virtud de una mujer,
Olvida que frágil barro
Su primer materia fué.
Tentó el diablo á la primera
Incitándola á comer
De aquella fruta vedada:
Cara le costó; lo sé;
Mas como tantas la imitan,
Es natural suponer
Que, aunque le sentara mal,
Sin duda le suoc bien.
Acaso aquella serpiente,
Ministro de Lucifer,
Algo nos dejó en herencia
De su diabólica piel,
Y como el cuarto enemigo
De nuestra alma suele ser
Nuestro marido, y él solo
Trabaja, mas que los tres,
Ya el demonio con nosotras
No tiene nada que hacer. —
Peró quizá mis escrúpulos
Sobrada importancia den
A un chasco de carnaval.
¡Tengo á mi amo tanta ley!...
Ni es empresa tan difícil
Representar mi papel.
He leído las novelas
De Federico Soulié.

(Mirándose á un espejo.)

Mi palmito es muy decente,
Si esa luna no es infiel;
Y para tejer mi talle
Gentileza y morbidez
Jamás ha necesitado
Suplementos al corsé.

D. TORCUATO. (Dentro.)

Le esperaré. Soy de casa.

INÉS. (Sobresaltada y apartándose del espejo.)

¡Ah! ¿Quién entra...

(Aparece D. Torcuato y Felisa en traje de camino.)

¡Cielos! ¿Quién...

ESCENA V.

FELISA. D. TORCUATO. INÉS.

FELISA.

(¡Qué linda jóven!)

(Saludando.)

Señora...

D. TORCUATO.

Señora, estoy á los piés...

INÉS. (Saludando.)

Señorita... Caballero...

FELISA.

Dispense usted...

INÉS.

No hay de qué...

FELISA.

Que hayamos entrado aquí
Con tal franqueza. A saber
Que había señora en casa,
Hubiéramos...

INÉS.

(¿Qué diré?)

FELISA.

Pedido ántes la debida
Licencia...

INÉS.

No es menester.

D. TORCUATO.

Ya se ve, tal confianza

Nos inspira don Miguel,
Que usted no debe extrañar...

(A Felisa aparte.)

Se turba.

(¡En lindo belen

Me he metido!)

(Ofreciéndoles sillas.)

Ruego á ustedes...

(Cogida estoy en la red.)

D. TORCUATO. (Aparte con Felisa, sin sentarse ninguno de los dos.)
¡Hum!... Aquí hay maula.

FELISA.

¿Quién sabe...

INÉS.

(¿Principiará el entremes
Desde ahora? Dudo... Temo...)

D. TORCUATO.

No se maraville usted
De ver nuestra cortedad.
Mucho tiempo ha que no sé
De Miguelito... Ignoraba...
Usted será su mujer.

INÉS.

(¡Ay, Dios mio!...) No, señor.

D. TORCUATO.

Pues ¿cómo...

INÉS.

Es decir... Soy...

D. TORCUATO.

FELISA.

Fues criada, mucho ménos;
Que lo desmiente ese tren.

INÉS.

Ni uno ni otro.

D. TORCUATO.

¿Ni uno ni otro?

INÉS.

Soy... (Diré alguna sandez.)

D. TORCUATO. (Tomando del brazo á Felisa.)

Basta. Vámonos de aquí.
Harto ha dicho ya quien es.

INÉS.

(¿Cómo me aflige y me insulta
Con su risita cruel!)
Respete usted mi silencio
Y no sea descortés.
Soy quien soy... y basta.

D. TORCUATO.

Y sobra.

(A Felisa llevándose.)

Vamos. Aquí no estás bien.

INÉS.

Ni aquí perderia nada
Aunque fuese hija de un rey
Ni á mí me importa un ardite
Que se vaya ó que se esté.
(No diria mas la dama
De El desden con el desden.)

FELISA.

Con todo...

D. TORCUATO.

No le respondas,
Que es rebajarse...

INÉS.

¿Por qué?

Ya me canso de sufrir
Que un *quidam* sea mi juez.

D. TORCUATO.

¡Un *quidam*!...

INÉS.

¿Con qué derecho,
Preguntaré yo también,
Entra usted en casa agena
Echando fieros? ¿A ver?

D. TORCUATO.

¡Voto á... Don Torcuato Ruiz
¿No podrá...

INÉS.

¿Qué ha dicho usted!

¿Don Torcuato? ¿El de Manila?
¡Justo Dios!...

D. TORCUATO.

El mismo.

INÉS.

¡Aquel

A quien tan justos elogios
Prodigó mas de una vez
Don Miguelito!... ¡Oh sorpresa!

(A Felisa.)

¿Y usted... Ya caigo. ¡Oh placer!
Del cielo han bajado ustedes
A salvarme á mí y á él.

FELISA.

¡Qué oigo!

D. TORCUATO.

¿Cómo...

FELISA.

¿Qué peligro...

INÉS.

El lujo que ustedes ven,
Disfraza á la humilde sierva
De un elegante doncel
Que tiene — ¡lástima grande! —
La cabeza á componer.
Afortunado galan
De una dama de alta prez,
La ha sacado de un convento
Escalando la pared.

D. TORCUATO.

¿Oyes? Bien temia yo...

INÉS.

Así se lo hace crer
A sus cándidos amigos;
Pero de tanto babel,
No hay mas verdad que estos dijes
Y este traje de moaré.
Esa imaginaria Elena
Que él pondría en un dosel,
Soy yo... El me llama Adelaida,
Pero yo me llamo Inés.

D. TORCUATO.

Está visto; es un perverso.

FELISA.

No; un tronera, un cascabel.

INÉS.

Ni aun eso. Tres años ha
Que le coñozo, y doy fé
De sus nobles sentimientos,
De su alma pura y sin hiel.
Mas, sin ser hombre vicioso,
Hoy lo quiere parecer.
Vanidad de nuevo género
Que le ha inspirado Luzbel.
Juro á Dios que he reusado
Una vez, y dos y cien
De ser su supuesta víctima
La ilustre ridiculez;
Mas me ví tan hostigada
Y tal su despecho fué,
Que temiendo una catástrofe
Hube de decir amén.
Ahora que tan dignos huéspedes
Me redimen de este Argel,
Den ustedes su permiso
A Adelaida la de Uclés
Para trocar estas galas
Por sus trapitos de ayer.

ESCENA VI.

D. TORCUATO. FELISA.

D. TORCUATO.

¿Lo ves? Al pié de la letra
Se cumplió mi vaticinio.
Miguel en la última carta
Que tuvo á bien escribirnos
Nos noticiaba la muerte
Del buen don Claudio su tío,
Y que le dejó una renta
De seis mil ducados limpios
De polvo y paja. Temiendo
Que, libre, inexperto y rico,
En la córte se perdiese,
Le rogué con mucho ahinco
Que volviese á Filipinas.
¿Se dignó siquiera el pícaro
De contestarnos? A mí
No me sorprendió su inicuo
Proceder; que, veterano
En el nautico ejercicio,
Sé que sin timon ni brújula
Zozobra el mejor navío.
Tú, en la venturosa edad
En que vence al racocinio
El sentimiento, y extraña
A la corrupcion del siglo,
De su corazon juzgaste,
Niña, por el tuyo mismo.
Estará ausente, decias;
Las cartas se habrán perdido;
Ya le creias enfermo,
Ya le llorabas cautivo,
Y hasta á rezarle difunto
Llegaba tu desvarío.
Por fin, cuando ya era tiempo
De condenarle al olvido,
Te empeñaste en arrostrar
Del hondo mar los peligros
En busca de un ingrato
De tanta ternura indigno.
Yo que, avaro del tesoro
Que me confió un amigo,

Tembie por primera vez
Al contemplar los abismos
Del piélago proceloso
Que iba á atravesar contigo,
En vano luché, Felisa,
Contra tu loco designio.
Lloraste, y al ver tus lágrimas
Lloró también como un niño...;
Sí, lloró, pese al demonio,
Este intrépido marino
Que cuenta veinte abordajes
En su hoja de servicios.
Cedí. — ¿Qué habia de hacer? —
Aunque pudiera impedirlo:
Pero tan hecho me tienes
A obedecer tus caprichos,
Que, mas bien que tu tutor,
Creo que soy tu pupilo.

FELISA.

No será inútil el viaje
Caro tutor, si venimos
A tiempo de corregir
El juvenil extravío
De Miguel y le salvamos
Al borde del precipicio.

D. TORCUATO.

¿Qué caso ha de hacer de mí
Un tronera, un libertino
Sin ley, sin freno...

FELISA.

No tal.

Segun lo que Inés ha dicho,
Solo es malo en la apariencia,
Y volverá al buen camino
Si uno y otro con blandura
Le exhortamos...

D. TORCUATO.

No transijo.

No sienta bien en mi rostro
Al sol y al aire curtido
La cortesana sonrisa,
Ni en los labios de un marino
Sonarían bien las pláticas
De un fraile de San Francisco.
Tan luego como le vea
Le diré cuántas son cinco.
Si se enmienda, buen provecho:
Serémos buenos amigos:
Si mi áspera reprimenda
No le hace mella, desisto:
Policia habrá en Madrid
Que cumpla con él su oficio.
Sentiré que un mequetrefe
Ose manchar el limpio
Nombre que heredó, Felisa;
Mas si tal es su destino,
Lleve el diablo lo que es suyo;
Nada le doy ni le quito.

FELISA.

Quien le oyera á usted diria
Que es un tigre, un basilisco;
Pero yo, que tantas pruebas
De amor, tantos beneficios
Le debo desde mi infancia,
Formo de usted muy distinto
Concepto.

(Va anocheciendo por grados.)

D. TORCUATO.

Tú eres un ángel
Y Miguel es un perdido:
Por eso á Miguel detesto
Y á tí te amo con delirio.

FELISA.

Pues yo, señor don Torcuato,
Tengo sobrados motivos
Para interceder por él.

D. TORCUATO.

Cierto, pero...

FELISA.

Y no permito
Que siendo á él como á mí
Necesario el patrocinio
De usted, él vea un padrastro
En quien yo veo un padrino.
Mal puede quererme á mí
Quien odia lo que yo estimo,
Y declaro desde ahora
Que, si usted solo conmigo
Ha de ser dulce y amable,
Le aborrezco y me emancipo.

D. TORCUATO.

¡Aborrecerme! ¡Tú, ingrata!...
Que no me ames... lo concibo.
No insinúa ternos afectos
Sino, tal vez, á sus hijos,
Si Dios se los da, un cristiano
Que se acerca á medio siglo;
Pero si fuese verdad
Lo que tu abio me ha dicho,

Dios te pediria cuenta
De tan infame delito.

FELISA.

(¡Qué fervor!... ¿Será posible...)
No tome usted tan al vivo
Palabras sin consecuencia.
¡Yo aborrecer á mí digno
Tutor! Jamás.

D. TORCUATO.

Tú lo acabas

De decir.

FELISA.

Pues me desdigo.

D. TORCUATO.

Pero hablas de emanciparte,
Y al pensarlo me horrorizo.
¿Tan pesado es para tí
El yugo de mi cariño?

FELISA.

No, sino grato en extremo;
(Le sondearé.) y tan benigno
Cual lo fuera el de aquel padre
Que desde el celeste emperio
Nos bendice: pero, al fin,
Aunque por él no suspiro,
Llegará, señor, un día
En que... (Se turba) otros vínculos...

D. TORCUATO.

Basta; lo sé. Ni presumas
Que por mi necio egoísmo...
De tutor, pudiera yo
Imponerte un sacrificio
Doloroso. Bien conozco
Que seria desatino
Emparedar en un claustro
Tan soberanos hechizos.
Pero es una pobre gracia
Que un padre, ó, lo que es lo mismo,
Un tutor, que por ventura
No se ha vaciado en el tipo
De los que finge el teatro,
Tierno, vigilante, asiduo,
Crie á una linda muchacha
Para algun barbilampiño
Casquivano, petulante,
Afeminado, enfermizo,
Que con sus manos lavadas
Y á pretexto de que es lindo
Se la lleve... ¿Qué! ¿te ries?

FELISA.

Pero, ¡señor!...

D. TORCUATO.

(¡El suplicio
De Tántalo...)

FELISA.

¿Soy tan loca
Que al primer advenedizo
Piense dar mi corazón?
No, no; viva usted tranquilo.
A fuer de dócil pupila,
Nada haré sin el permiso
De mi querido tutor...

En cuanto á Miguel, exijo...

(Sonriéndose.)

Sí, exijo que no apelemos
A un rigor mal entendido
Hasta que infructuosos sean
Otros medios mas pacíficos.
Antes que acuda al cauterio,
Un médico reflexivo
Aplica al miembro doliente
Saludables lenitivos;
Y por valerme de un símil
Propio del noble ejercicio
En que mi amable tutor
Tantos lauros ha adquirido,
Pegarle fuego es mal modo
De carenar un navío.

D. TORCUATO.

Si á tí te dejan hablar...
(Me maneja como á un niño.)

FELISA.

¿No digo bien?

D. TORCUATO.

¡Eh! tal vez...

Pero sí, sí; ¡vive Cristo
Que sí!

FELISA.

Lo mejor seria
Apelar á un artificio
Inocente...

D. TORCUATO.

Sí.

FELISA.

Miguel
No sabe qué hemos venido.

Cerrada estaba su casa
De Madrid, y á los vecinos
Que las señas nos han dado
De esta quinta no hemos dicho
Quienes somos; era yo
Cuando él á la Europa vino
Tan niña, que conocerme
No podrá; á usted no le ha visto
Jamás, y los dos de incógnito...

(Se continuará.)

La llanura del Sig. (Argelia.)

La llanura del Sig regada por el rio de este nombre está casi cultivada hoy á la europea; es de mucha fertilidad y favorable sobre todo para los ricos cultivos industriales. A ella se deben los primeros campos de algodón, los primeros ensayos de ese cultivo que propagado al punto en las llanuras vecinas asegura ya su prosperidad, y suplirá dentro de pocos años los productos de la América para la industria metropolitana.

La llanura abunda en cortijos que forman otros tantos oasis en esa vasta extension de tierras ántes incultas. Los señores Hericart de Thury, Capmas, Sibour, Rouchouse y otros muchos han sabido crear aquí grandes y hermosos establecimientos agrícolas que ocupan un crecido número de trabajadores.

Por el dibujo del cortijo de M. Capmas que publicamos se puede juzgar de la importancia de estas haciendas. Todo crece con éxito en este suelo fértil; cereales, tabacos, hortalizas, pero sobre todo el algodón que se conserva dos y tres años produciendo siempre grandes cantidades de algodón, gracias á un trabajo inteligente. Sin embargo, la cuestión de algodones, tan interesante para la industria francesa se halla íntimamente ligada, con la del arreglo de las aguas; este cultivo no se desarrollará sino en razón de los medios de riego que se pongan al alcance de los colonos. Es un punto digno de fijar la solicitud del gobierno.

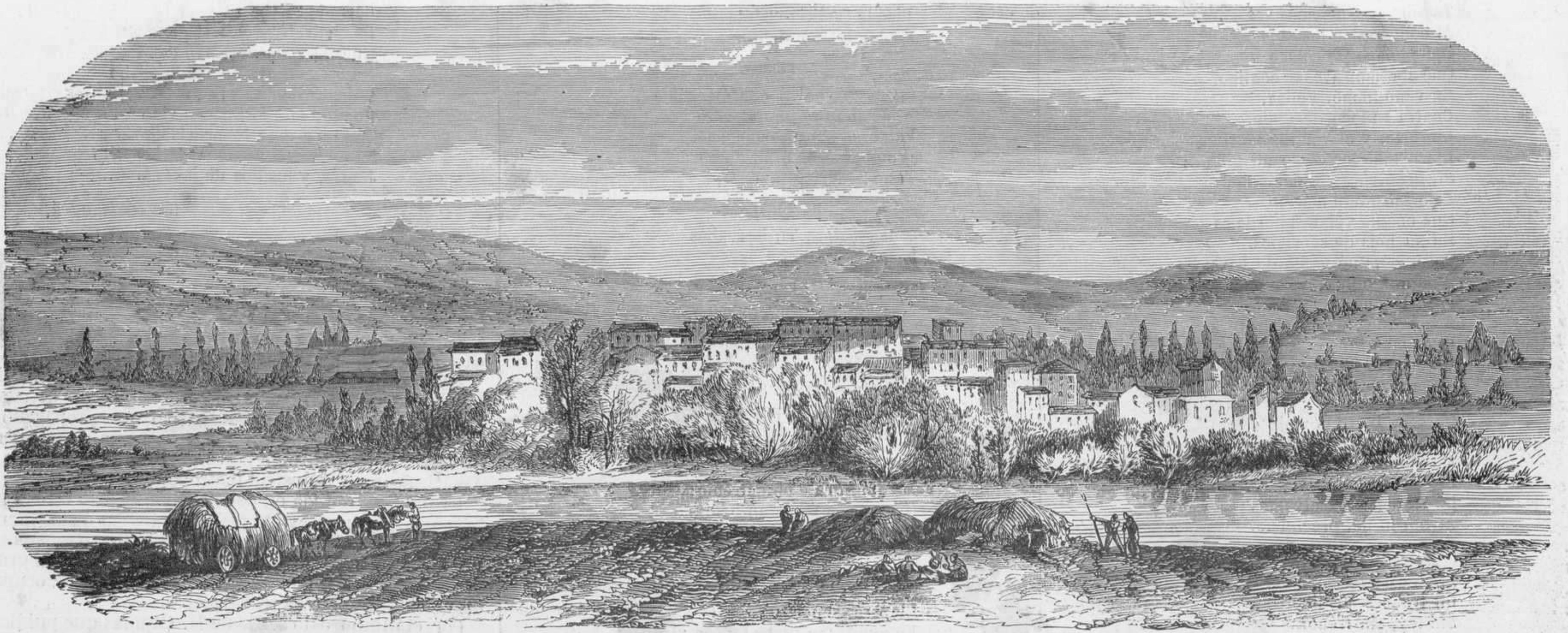
Independientemente de sus cortijos, la llanura del Sig posee un centro de poblacion considerable. Hay el bonito pueblecillo de San Dionisio del Sig cuya poblacion crece prodigiosamente; en el día tiene 4,000 almas, pero ciertamente no ha realizado este progreso sin vencer muchas dificultades; desmontes penosos, miasmas, mal agua, calenturas, cólera, falta de comunicaciones con Oran, todo lo ha superado gracias á los esfuerzos de sus habitantes, y en el día con su canalizacion bien entendida y la abundante vegetacion que adorna sus casitas blancas constituye una residencia de las mas agradables.

Creado por decreto de 20 de junio de 1845, segun los planos levantados por los ingenieros militares á quienes se encomendó su ejecucion, este pueblecillo entró en la administracion civil por otro decreto de 13 de enero último, y es hoy la capital de un distrito administrado por un comisario civil. Estos funcionarios especiales de la colonia pueden hacer grandes servicios á las poblaciones, pues reúnen las atribuciones de los sub-prefectos y alcaldes con las de los jueces de paz, por manera que tienen en sus manos el medio de ejercer sobre sus administrados una autoridad casi paternal. En San Dionisio del Sig se cuentan 1,800 españoles; poblacion que aquí como en todas las colonias argelinas, es muy laboriosa y constituye uno de los elementos mas seguros de la agricultura. Todos los habitantes de San Dionisio del Sig profesan un gran respeto á la autoridad y la mayor deferencia á sus agentes. En suma, este pueblecillo tan próspero ya y que no puede tardar en unir á su administracion la mayor parte de la llanura del Habra, su vecina, me parece destinado á un gran porvenir bajo el punto de vista agrícola, por la excelencia de su territorio.

Al volver de San Dionisio del Sig á Oran se atraviesa el bosque de Muley-Ismael y la aldea del Tilat notable por el hermoso estado de sus cultivos y por un establecimiento agrícola importante que ha sido fundado allí por un capitalista parisiense, M. Adam. El cortijo de M. Adam dirigido por M. Sohn es conocido en Paris por los hermosos productos que envió á la Exposición Universal del año último. Si la Argelia poseyera un número suficiente de explotaciones por este estilo, el problema de la colonizacion argelina ya tan avanzado, estaria resuelto completamente.

He nombrado el bosque de Muley-Ismael; quizás hay mucha ambicion en llamar *bosque* á diez ó doce mil hectáreas de matorrales con pocos árboles altos; pero en este punto de la Argelia donde la resistencia de los árboles ha sido muy tenaz, no es preciso mostrar las mayores exigencias. El servicio de montes está ejecutando ahora excelentes obras, por medio de militares, y en un tiempo próximo habrá sobre esas colinas una fuente considerable de rentas para el dominio público. Seria deplorable que esos bosques se concedieran á la industria privada que los pide, segun se asegura; pues el Estado perderia así los beneficios de las obras que ejecuta y los centros de poblacion vecinos, incluso Oran, no tardarian en hallarse á discrecion de los especuladores para la compra de las cantidades de leña que exige su propio consumo.

Aquí voy á cortar, al menos por hoy, esta simple noticia, y me consideraré sumamente dichoso si puede tener cabida en las columnas ilustradas del CORREO. Si así es, reclamaré con frecuencia igual favor para otras publicaciones del mismo género relativas á la Argelia.



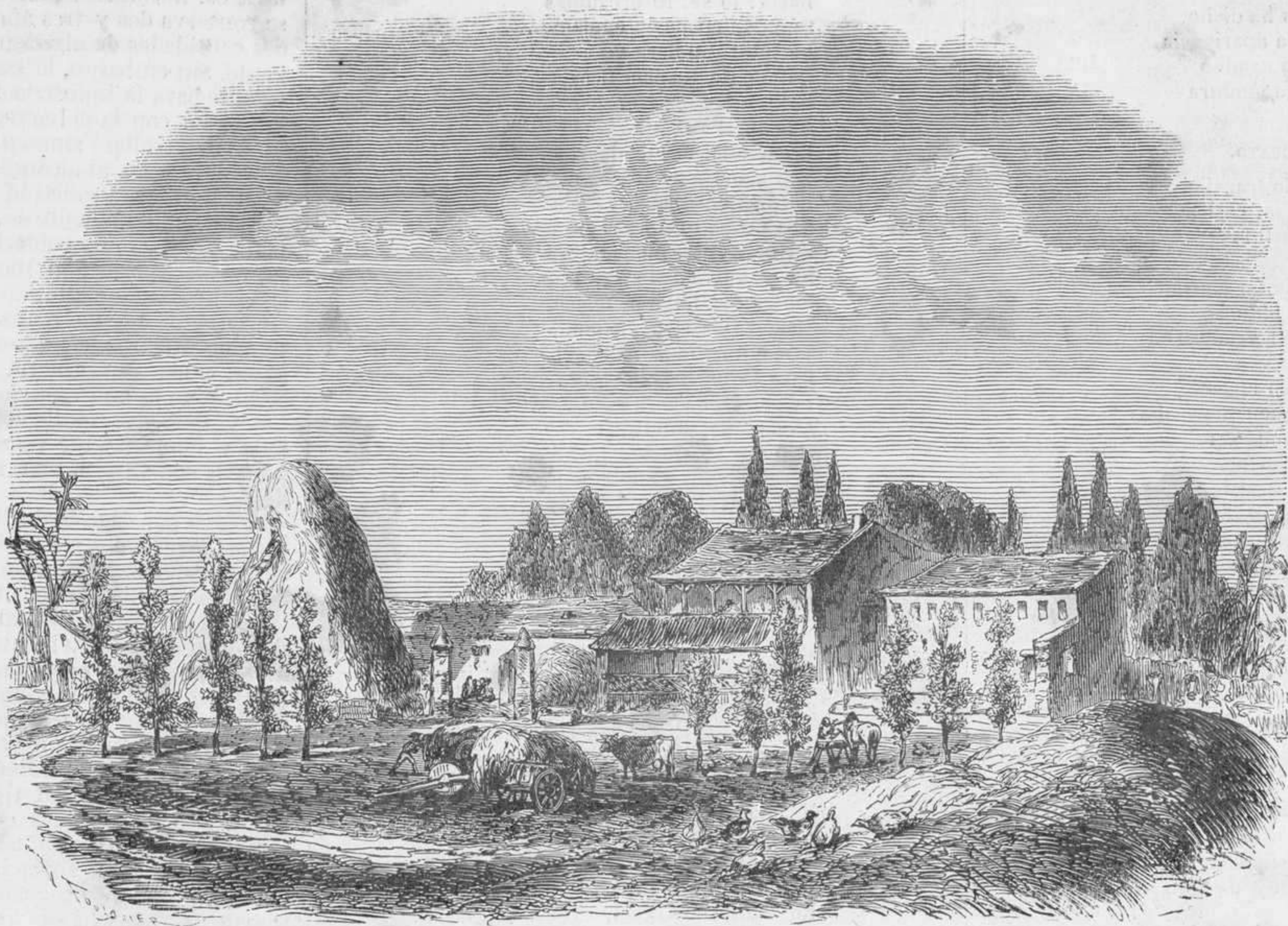
Colonias de Africa. — Vista general de San Dionisio del Sig.

Tengo acopio de dibujos y de notas que, á mi juicio, ofrecen interés por tratar de países y de cosas que son digámoslo así, desconocidas en el mundo. J. S.

Hundimiento

DEL PUENTE DE LA ALDEA DE PONT-DE-L'ARCHE.

El antiguo puente de piedra á que debe su nombre el pueblecillo de Pont-de-l'Arche se hundió por la mitad el sábado 12 de julio; tres de sus arcos cayeron con estrépito dentro del Sena. Otros dos que amenazan ruina, arrastrarán en su caída á un molino construido sobre uno de ellos. — A instigación de unos ingenieros bizantinos dirigidos por el arzobispo Hincmar, Carlos el Calvo deseando oponer una barrera inexpugnable á las invasiones de los navegantes normandos, mandó construir en 862 ese puente entónces almenado y defendido en sus extremi-



El cortijo de Capmas.

dades por dos castillos fuertes. En efecto, llenando perfectamente las intenciones de aquel rey, esa muralla en medio de las aguas atajaba muy bien el rio y veintidos arcos muy estrechos bajo los cuales el Sena, siempre tan pacífico pasaba precipitado y furioso habian hecho imposible toda navegacion por ese sitio. Así á principios de este siglo Napoleon I habia mandado construir al lado de ese puente una esclusa para facilitar el paso de los buques. Este puente el mas antiguo del Sena se habia hecho un monumento útil; un hermoso camino le atravesaba, y bajo esa forma pacífica continuaba haciendo los mayores servicios. Pero la administración de puentes y calzadas cuyos proyectos desgraciadamente para los arqueólogos, ro siempre coinciden con la conservación de los monumentos históricos, juzgando que el puente ya demasiado viejo pedia un sucesor, emitió la opinion de una recons-



Campamento de los trabajadores militares y casa del guarda en el bosque de Muley-Ismael.



Hundimiento del puente de la aldea de Pont-de-l'Arche.

trucción parcial y decidió la demolición del lado opuesto al que acaba de hundirse; así se ejecutó, y la mitad del antiguo puente fué reemplazada por un puente totalmente nuevo que se acaba de unir al antiguo en el momento mismo en que ha tenido lugar el hundimiento.

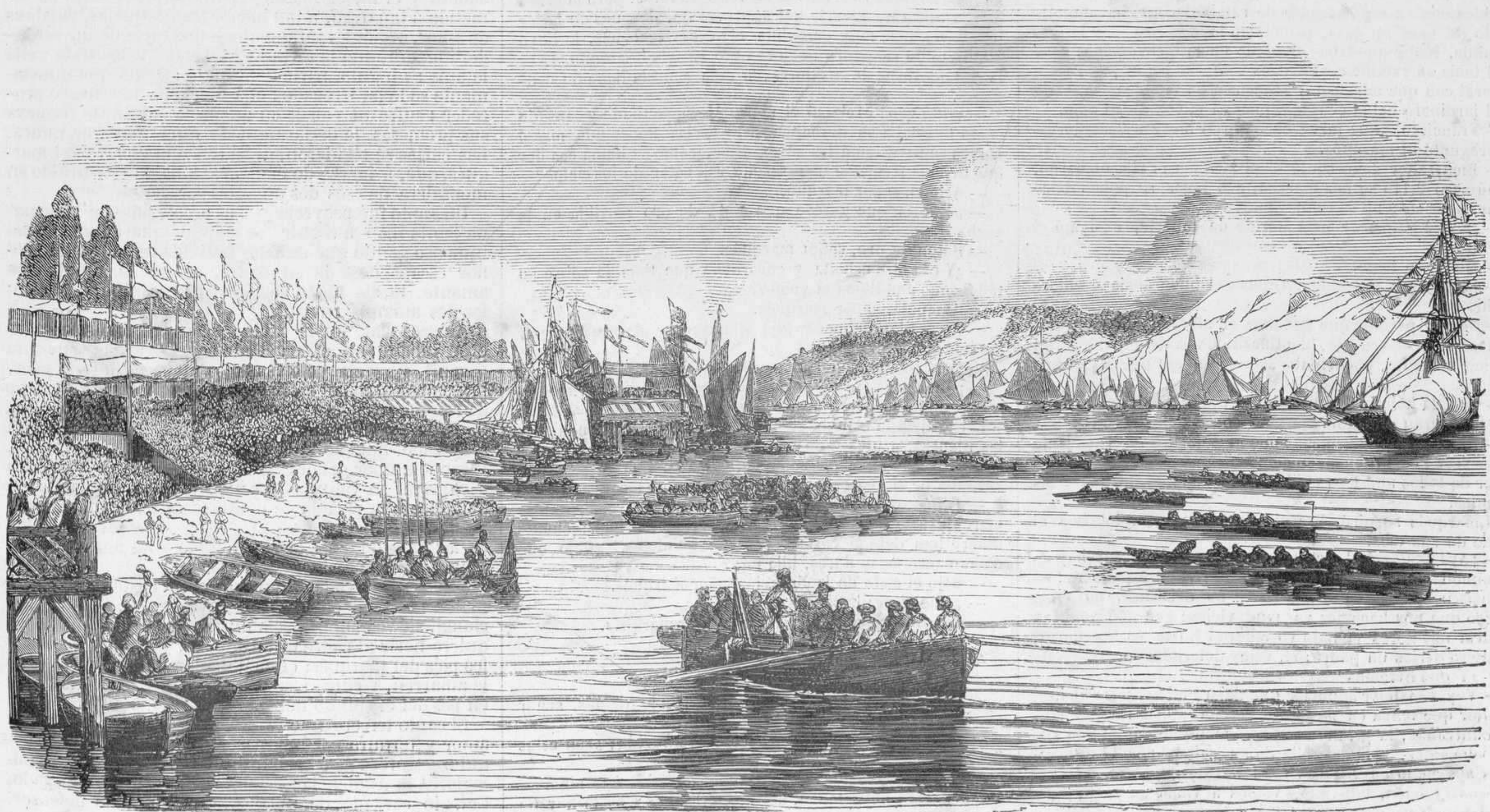
Así, ese testigo eterno de tantas luchas que ni el tiem-

po, ni la acción de las aguas, ni la mano de los hombres habían podido destruir y que restaurado religiosamente á cada siglo había permanecido en pie como un testimonio visible de la solidez de su primitiva construcción, ese puente, decimos, cuando contaba cerca de mil años de existencia debía sucumbir fatalmente, gracias á la administración de puentes y calzadas. — El

dibujo que publicamos representa la parte del puente en que ha tenido lugar el accidente, tomada de la orilla de la aldea. A la hora en que escribimos, la mano del hombre secunda la obra de destrucción y en breve el antiguo puente de Carlos el Calvo habrá desaparecido enteramente.

E. B

Las regatas de Burdeos.



La carrera de las embarcaciones de remo en las regatas de Burdeos.

La fiesta náutica que acaba de celebrarse en Burdeos tenía este año un atractivo más por la presencia en ella de los barqueros parisienses. Un concurso inmenso de espectadores manifestó con su satisfacción el interés que presentan esas carreras dignas de toda protección, si se tienen en cuenta los excelentes resultados que produ-

cen para el arte de la construcción naval, y su alta utilidad para la juventud como auxiliares de la gimnasia. No vamos á entrar aquí en los detalles de esta función acuática: las sociedades de Burdeos y de París rivalizaron dignamente; había embarcaciones de todas clases y en número crecido; nuestro dibujo representa la car-

ra que ofreció más interés, la de las embarcaciones de remo. El premio se disputó vivamente entre *Pepin-Vert* y *Alphée*; pero al cabo le ganó el primero con un adelanto considerable. Todo el mundo aplaudió la habilidad y destreza de los remeros.

L. R.

Revista de Paris.

El marqués de R..., hombre que en otro tiempo ha figurado mucho en los salones de Paris, vivía retirado hace algunos años en el fondo de una aldea solitaria, á poca distancia de la capital. Habiendo roto todas sus amistades, sin familia y en una edad muy avanzada, el marqués, sumergido en un aislamiento completo, pasaba los últimos años de su vida entregado á una pasión inocente, el cultivo de las flores, tarea en que le ayudaba su jardinero Francisco, único sér que tenía el privilegio de estar en relaciones con el noble misántropo.

Peró esta pasión era excesiva. El viejo marqués consagraba á sus plantas la mayor parte de sus horas; se tomaba cuidados increíbles; su corazón se angustiaba al menor viento del Norte que hacía temblar sus tallos, pues es de advertir que solo le gustaban las plantas exóticas, solo estimaba las que venían de tierras muy lejanas. Así en los invernáculos del marqués había tesoros; veíanse allí pequeños arbustos feos y raquíticos que apenas tenían diez y ocho pulgadas y que le habían costado diez y ocho onzas de oro, á onza la pulgada. Cosas extraordinarias se contaban en el pueblo sobre las cantidades fabulosas que gastó para obtener la primera «Victoria regina» que hubo en Francia. El buen marqués no vivía; se levantaba por la noche; despertaba á su jardinero para comunicarle sus inquietudes sobre el estado adverso ó próspero del vegetal extranjero; le contemplaba sin cesar, levantando una hoja, arrancando otra, cansando al cielo y al barómetro con sus preguntas. A todo esto el octogenario enflaquecía y perdía la salud rápidamente. Francisco principió á entrar en cuidado.

— Señor amo, le dijo un día, las flores tienen su pudor, no quieren que las miren tanto; la mirada las mata.

El marqués asustado le prometió obrar con mas prudencia en lo sucesivo. Sin embargo, un pensamiento terrible había venido á llenar de amargura su corazón.

— ¿Quién tendrá cuidado de mis flores cuando yo muera? se decía; ¿qué será de mis hijas idolatradas?

Y una vez que se apoderó de él esta idea no le abandonó un instante: por la primera vez sentía todo el peso y el egoísmo de la pasión.

Una mañana el viejo marqués llamó á Francisco con el acento de un hombre que acaba de tomar un partido.

Francisco tenía una cualidad muy rara en nuestros días; quería mucho á su amo, y luego tenía otra virtud, hacía mucho bien á los pobres de la aldea. Muy á menudo le sorprendían abriendo con mano discreta la puerta de alguna choza para dejar en el umbral de algun menesteroso un cesto de comestibles, y huyendo despues á toda prisa lo mismo que si acabara de cometer una mala acción; esto divertía infinito á los vecinos. Pero pobre del que se atreviera á poner en duda la bondad del jardinero, ya le había caído la lotería. Por Pascuas, por el Córpus y aun por Navidad, cuando mas escasean las flores, el buen Francisco recorría la aldea con su asno cargado de ramilletes que iba depositando de casa en casa, principiando siempre por la mas humilde. Nadie quedaba olvidado en la distribución: cada cual tenía su ramillete. Fácil es comprender la veneración general con que miraban á Francisco en la aldea.

El jardinero había acudido, pues, á la voz de su amo.

— Francisco, ¿qué tal se encuentran hoy nuestras flores? le preguntó el marqués.

— Bien, señor amo, contestó el jardinero; sin embargo, el número 2,115 se nos marcha, sus hojas se ponen amarillentas, se caen y no se renuevan.

— ¡Pobre palmera! está herida de muerte, exclamó el marqués.

— Mucho lo temo.

— Su pérdida me aflige, repuso el buen anciano enterrecido.

— No hay pérdida que no tenga su aflicción, contestó con tristeza el jardinero que, identificado hacía tanto tiempo con el viejo marqués, participaba siempre de sus penas y de sus alegrías.

— ¿No la habrás descuidado un poco? añadió el anciano clavando en su servidor una mirada escudriñadora.

— ¡Ah! señor marqués, ¿puede Vd. abrigar semejante sospecha? Los árboles son como las personas, nos dejan á pesar de todos nuestros cuidados, á pesar del amor que les tenemos.

El marqués suspiró, Francisco contuvo una lágrima al borde de sus ojos.

— ¡Ay! exclamó el octogenario, pocos hombres hay en el mundo tan desgraciados como yo; ¡pobre palmera! — Francisco, prosiguió el marqués, no descanso, no vivo. Pienso que nos hacemos ya muy viejos; ¿en qué vendrán á parar mis flores cuando yo muera? No tengo herederos, y quiero darlas un padre; sí, estoy determinado.

— ¿Y qué harémos?

— Voy á mandar anunciar que dejaré mi herencia al horticultor que tenga en su jardín las flores mas raras y mejor cultivadas; la primera condicion me sale garante de sus conocimientos, y la segunda de su saber, añadió el marqués apoyando su barba en un baston de puño de oro. Por consiguiente, hijo mio, vamos á viajar un poco; cada día daremos un paseo por estos contornos hasta descubrir al jardinero con quien he soñado toda la noche.

— ¿Y marcharémos pronto, señor marqués?

— Dentro de una hora; arregla la berlina.

— Voy al punto, señor marqués, exclamó Francisco rebotando de júbilo.

El buen jardinero alimentaba la esperanza de que la salud de su amo se mejoraría con aquellas caminatas. La noticia de que el marqués de R... nombraría heredero al horticultor mas inteligente de la comarca se difundió rápidamente por aquellas aldeas. Todas las vanidades, todas

las ambiciones se alarmaron; el marqués poseía una gran fortuna y cada cual imaginaba medios de recogerla.

Al lado del palacio del noble vivía en una choza un pobre jornalero llamado Julian, viudo y con una hija pequeña. Julian tenía detrás de su casa un huertecillo estriado, plantado de hortalizas, pero héle aquí arrancando sus coles, removiendo la tierra, sembrando, improvisando un jardín, y gastando sus ahorros en la adquisición de plantas que en su ignorancia le parecían únicas en el mundo. Pero como exponía las flores del Norte al Mediodía y las del Mediodía al Norte, todas se marchitaban y morían.

Una tarde el jardinero entró en su choza desesperado, al ver la inutilidad de sus esfuerzos.

— Hija mia, excámó, la desgracia nos persigue: ayer el sol abrasó mis flores; ante ayer el viento las echó á tierra, y esta noche los caracoles han devorado las que quedaban. Las hojas están agujereadas como un encaje y los tallos partidos; ¿qué harémos, hija mia?

La niña estaba al corriente de los proyectos de su padre, sabía cuanto ambicionaba el buen logro de su deseo y había oído sus lamentaciones con una pena indecible. Criada en los campos donde trabajaba desde la edad mas tierna, no comprendía que se diera tanto valor á una planta exótica y que se despreciaran las ricas y variadas flores que da con profusión la naturaleza. Una idea rápida atravesó su mente.

— ¿Quieres que yo haga una prueba? preguntó la jóven á su padre desconsolado.

El jornalero se sonrió y pidió algunos pormenores del proyecto.

— Nada te diré ahora, respondió la niña, pero ten confianza en mí y quizá lograrás lo que deseas.

El padre consintió; ¿qué perdería en ello?

— Dentro de pocos días avisarémos al marqués para que venga á visitar la huerta.

La jóven recorrió los bosques y los prados, cogió una carga de flores, vino á su casa, arrancó todas las plantas enfermas que había en el jardín, y aquella misma tarde las reemplazó con las flores silvestres. Trabajó con ardor y dispuso y regó su huertecillo con un arte infinito; un rocío abundante que cayó al amanecer devolvió á las nuevas flores todo el brillo que tienen en los campos.

Los aldeanos que conocían las pretensiones de Julian se habían divertido mucho con el mal éxito de su tentativa. El marqués no había podido hallar lo que buscaba; y como la malignidad pública le señalara la casa de Julian, determinó concluir por ella sus visitas infructuosas.

Ya toda la aldea se disponía á reírse de la burla, pero la aldea entera se engañó. El marqués entró en casa del jardinero; todo el mundo estaba á la puerta para celebrar el desenlace.

— Parece que tienes un jardín lleno de plantas raras, dijo el marqués al jornalero.

El pobre hombre que no había querido mirar mas su jardín y que no tenía ninguna confianza en los proyectos de su hija, se quedó cortado al oír tales palabras, pero la jóven estaba allí para sacarle del apuro. Esta, despues de hacer una reverencia muy cumplida al señor marqués, le llevó al huerto de su padre: el jornalero se quedó atónito al ver la metamorfosis de sus flores; la niña sonreía llena de confianza.

— ¡Qué veo! exclamó el marqués maravillado y cansado como lo estaba ya de haber visto tantas flores que mas ó menos se parecían á las suyas. Niña, ¿cómo se llama esa flor que tiene la forma de una estrella y el color de los cielos?

— Aciano, señor marqués.

— ¿Y esta que parece una gota de oro perdida en la yerba?

— Botón de oro, señor marqués.

— ¿Y esa otra esbelta y encarnada que tiembla sobre su tallo como una llama al viento?

— Amapola, señor marqués.

— ¿Y esa tan pequeña, hija mia, que se parece á tí por su sencillez y su candor?

— Margaritilla, señor marqués.

— ¡Qué flores tan hermosas! exclamaba el buen viejo pasando de la sorpresa á la admiración.

Largo tiempo estuvo contemplando aquellas campanillitas blancas, azules y de color de rosa que subían y se arrastraban por una pequeña empalizada. Una retama que acababa de florecer le arrancó lágrimas de ternura.

— ¡Cuánto habrá habido que andar para recoger estas maravillas de la naturaleza! decía el viejo marqués; ¡cuánto dinero han debido costar! ¡cuántos cuidados! ¿Bajo qué clima nacen estas flores, hija mia?

— Bajo el cielo de la Francia, señor marqués.

— ¿Qué tierra las ha producido?

— Esta misma en que vivimos, señor marqués.

— ¿Y de qué viven?

— De la lluvia del cielo.

— ¿Cuándo y cómo las cultivan?

— Dios las siembra, y el tiempo hace lo demás, señor marqués.

— ¡Cómo! exclamó el buen señor conmovido; ¿son estas flores las flores de la patria?

— Así las llamamos, señor marqués, exclamó la niña.

— Ocheñta años tengo, hermosas flores, y hasta hoy no os he conocido. ¡Ah! prosiguió estrechando á la jóven en sus brazos; buscaba un sabio y le encuentro en una niña; te nombro mi heredera.

La jóven se soltó de los brazos del buen señor y se fué á los de su padre, que la recibió transportado de alegría. Hoy la hija del jornalero Julian está en posesión de la inmensa fortuna del marqués de R... que ha fallecido en julio último. Con la noticia de su muerte un periódico de Paris ha publicado una necrología completa de este personaje, y de ese curioso estudio hemos entresacado los pormenores que preceden. MARIANO URRABIETA.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

SALVADOR SANFUENTES.

(Continuación).

El Presidente presentó Eulogio á Leonor. La música comenzaba en este punto, y entrambos jóvenes, radiantes de alegría, lanzáronse en la danza, cruzando la ancha sala aplaudidos y admirados por todos; ¡era tan bella la pareja, ambos eran tan hermosos, elegantes, aéreos! El marqués moría de enojo.

Al comenzar el canto segundo, es alta noche; tras el festín ha seguido el reposo; todos duermen en la ciudad de Santiago, ménos dos — dos que han soñado un paraíso de amor — dos que apenas se han visto y ya se adoran y ya sienten que sus corazones no podrán jamás desasirse el uno del otro; y claro es que esos dos son Eulogio y Leonor. Pero abreviemos el cuento.

El Presidente debía la vida al valor de Eulogio, que lo había salvado en una ocasión crítica; y conociendo el amor que este profesaba á Leonor, resolvió protegerlo con todo su poder. Las visitas á casa del marqués se hacían cada vez mas frecuentes, y el Presidente jamás dejaba de llevar á su amado jóven. Este, por su parte, no perdía el tiempo, y cada vez daba mas pábulo á la pasión que agitaba el corazón de la niña.

La marquesa fué la primera que se apercibió de las intenciones de D. Antonio de Gonzaga, y comunicó sus sospechas á su esposo; el cual protestó que jamás consentiría en que un plebeyo viniese á deslustrar el nombre de su casa. A pesar de esto, el matrimonio entre los dos amantes hubiera tenido efecto, si la muerte no hubiera arrebatado de la escena tan intempestivamente á nuestro dichoso Presidente.

Pasados los primeros días de duelo, Eulogio se presentó de nuevo en casa de su adorada; pero ya los tiempos habían variado: muerto su poderoso protector, la cólera de los marqueses iba á agobiar al infeliz amante. La madre estaba en el salón con la hija: al presentarse Eulogio, aquella ni le respondió al saludo, ni ménos le brindó asiento. Leonor se hallaba llorosa y consternada; Eulogio cortado y aturdido. Despues de un rato, del primer rato de estupor, y despues de haber sufrido mil afrentas de parte de la marquesa, se despidió cortemente, y confuso y despechado, al dejar la casa de Leonor tomó el camino de la suya.

En medio de su dolor, Eulogio toma la pluma y expresa sus quejas á su amada; él no tiene título, la dice, pero sí un corazón hidalgo y bien puesto; nadie á su edad ha servido mas que él á su patria, y este es el verdadero y el mejor blason; ¿porqué, pues, se le ha sometido á tan duro, á tan incómodo trato? Quejas, palabras de amor, ardientes juramentos — una carta de un verdadero amante fué la de Eulogio. Leonor le contesta: ella lo ama: ninguna parte tiene en la afrenta que injustamente se le ha irrogado; ella reprueba tan negro proceder: sufre al par de su dueño; y en fin, le renueva sus promesas, le declara que lo ama mas que nunca. Las cartas se siguieron, gracias á una esclava del marqués, que, á fuerza de dádivas, se había constituido en mensajera de esos dos amantes corazones.

Un rapto fué proyectado. Las procesiones de la Semana Santa iban á seguir: se convino que en medio del inmenso gentío que en tales festividades se reúne, Leonor escapándose de su madre, se iría á reunir á su amante. El día fijado llega: el plan recibe ejecución: los dos amantes parten.

A pocos días, en la capilla de un pueblo vecino se preparaba un himeneo: él, airoso, dotado de hermosura varonil, y revelando en sus ojos un corazón bien puesto, se presentaba al pie del altar radiante de gozo y lleno de resolución: ella, bella, dulce, angelical, languidecía, temblaba, parecía desfallecerse. El acto solemne había empezado. Eulogio había ya prometido su té á Leonor, jurándola amor delante del ministro de Dios, — y ella iba á expresar su voluntad, cuando un insólito rumor se deja oír: una partida de hombres armados entran gritando en la casa santa. El acto se suspende, y quedan en faz unos de otros — el sacerdote y los amantes — el marqués y sus esclavos.

Los siervos se adelantan á atacar á Eulogio, y le acometen: este se defiende y hiere á varios; pero Leonor clama, su voz suplica, sus miradas ruegan: Eulogio no quiere herir al padre de su amada, y arroja su acero á los pies del marqués; el cual manda á sus esclavos que le amarren. Y cura, testigos y amantes son conducidos en pos del orgulloso noble.

El canto tercero trae el desenlace de este drama de amor y ternura por una parte, y por otra de necio orgullo y dureza de corazón. Un juicio se sigue contra Eulogio. A la Audiencia asiste el marqués y su abogado; Eulogio cargado de cadenas y su estúpido defensor. El insulto está en los labios del marqués, la altivez en su mirada y la rabia en su corazón. Eulogio se presenta digno, tranquilo, severo, — habla con elocuencia, se expresa con hidalguía. El público le deja conocer sus simpatías. El juicio concluido, los jueces teniendo en cuenta los importantes servicios y nobles hechos anteriores del jóven apitan, le condenan á destierro.

Eulogio vuelve á ser conducido á la prisión. Al día siguiente van los ministriles á sacarlo de ella, — mas no le encuentran. ¿Se ha fugado? ¿Sus enemigos lograron penetrar hasta su calabozo, apoderarse de él é irle á ase-

nar en algun bosque retirado? Nadie por entónces podía adivinar lo que de verdad había en tal negocio. Leonor seguía triste, apesadada, sumida en el masondo dolor. Un día de esos de llanto y desolacion, en que mas pensaba en su amante, un esclavo le trae una carta: era de Eulogio — dentro de ella había cuatro letras trazadas con sangre, y un retrato. Lo que decían las letras, solo Leonor lo supo; pero debió de ser una nueva horrible, pavorosa, sangrienta, pues ella lanzó un alarido horroroso, y quedó luego sumida en hondo estupor.

A pocos días, Leonor se retiró á un claustro. Siempre melancólica, siempre triste, afligida, á veces delirante, á veces distraida, — ni el sosiego del claustro le dio paz, ni la oracion al pié de los altares le hizo vislumbrar la esperanza.

Era una noche de luna. En el campanario de la iglesia del monasterio donde Eulogio se hallaba, apareció una sombra en hora bien avanzada, luego se escuchó un canto triste y lastimero, enseguida las campanas empezaron á tañer. A tal ruido las monjas van saliendo de sus celdas, se juntan, ven si están todas allí — solo faltaba la novicia. A la órden de la abadesa sube la comunidad al campanario, llevando luces — ya llegan — las luces se definen — gritan — corren. ... la novicia giba en los aires suspendida de un fatal cordel: su última agonía terminaba cuando las monjas llegaron.

Así concluyó Leonor. El marqués odiado de todos y causa de atroces remordimientos, á pocos días murió sin hallar una mano amiga que cerrase sus párpados. En esta leyenda abundan los buenos versos; hay cuantos admirables: descripciones cabales de las costumbres de antaño; caracteres bien delineados; sentimientos bien expresados; interés en los episodios; y en toda la composicion dominan el órden y la intencion poética. Esto se junta un estilo bello y pintoresco, y una diccion castiza.

Despues de habernos descrito el carácter moral del conde marqués, el poeta sigue así:

Como ningun quehacer le daba prisa,
Dormia hasta las ocho este magnate:
En su oratorio le decian misa,
Y tomaba despues su chocolate.
La comida á las doce era precisa,
Y la siesta despues, y luego el mate,
Y tras esto, por via de recreo,
Iba á dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo
Llama á Escuela de Cristo el campanario,
El marqués y los suyos dan ejemplo
De infalible asistencia al vecindario.
Si no hay distribucion, ya le contemplo
Rezar con la familia su rosario,
Y luego ir á palacio diligente,
Para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide,
Sin propasarse un punto de esta hora,
Y vuelto á su mansion, la cena pide,
Porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
Donde cabrian bien sus cuatro ahora,
Y viniéndose el sueño dulce y blando,
A las once el marqués se halla roncando.

De sus hijos nos da cabal idea. Acerca de Cosme copiaremos solo los siguientes versos, que resumen bien su carácter:

Leía no muy bien: su aprendizaje
De la escritura fué tan pasajero,
Que en vez de letras con trabajo hacia
Garabatos sin ley ni ortografía.

En la aula de un convento procuróse
Que aprendiese á Nebrija de muchacho;
Pero en llegando á *quis vel qui* estancóse,
Sin poder digerir aquel empacho.
Al fin su sabio preceptor cansóse,
Y recibió el alumno su despacho
Para vivir, cual viven tantos otros,
Laceando vacas y domando potros.

Vamos á ver la figura y los aires de Leonor:

A su edad, si la cuenta bien se ajusta,
Para enterar diez y ocho poco falta.
Su estatura es crecida: á mí me gusta
Como á lord Byron la mujer que es alta;
Y no se tache esta opinion de injusta,
Que en pigmea mujer nunca resalta
Ese gentil y seductor donaire,
De qué habla el proverbio: *amor es aire*.

Su delicado talle es tan esbelto,
Que sin duda las Gracias le han formado
Breve es su planta, su ademan resuelto,
Y es su seno gracioso y abultado;
Cuando el negro cabello ondea suelto
Al rededor del cuello torneado,
Ver en todo su cuerpo me imagino
La obra mejor del Hacedor Divino.

Luce en sus ojos el color oscuro,
Pero chispeando de celeste fuego,

Y su mirada al corazon mas duro
En blanda cera lo convierte luego.
Mas ¿habré de meterme en el apuro,
Yo, pobre bardo que á escribir me entrego,
Cuando ya tantos otros han escrito,
De pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, y un si es no es henchida,
En que los signos del talento lucen,
Boca pequeña y á la vez pulida,
Donde las perlas y el coral relucen:
Tanta gracia mil veces repetida,
Que los poetas sin cansarse aducen
Para pintar sus bellas heroinas,
Son, describiendo á mi Leonor, mezquinas.

Baste, pues, sobre prendas corporales,
Y hablemos de su noble entendimiento,
Que es como fértil planta entre breñales
Nacida sin cultivo ni fomento;
Mas su despejo y su vigor son tales,
Que á tener el mas leve pulimento,
Daria en profusion rico tributo
De sazonado y exquisito fruto.

Pero basta ya de Leonor. Pasemos á ver al bravo capitán que representa un papel tan importante en la leyenda. Gonzaga, el Presidente, llega al baile con varios jóvenes:

Entre ellos se halla uno, á quien parece
Un cariño especial tener Gonzaga,
Jóven gallardo que en su aspecto ofrece
Cuanto el capricho mujerial halaga:
El valor en sus ojos resplandece,
Si corre el campo de la lid aciaga,
Mas si á un estrado por ventura asoma,
Tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello
Que cubre su cabeza en leve rizo,
De extrema agilidad su cuerpo bello,
Y su conversacion llena de hechizo.
Un clásico poeta al conocello,
Diria pronto que el amor lo hizo,
A fin de que las damas insensibles,
Aprendiesen á ser mas accesibles.

Tal fué el jóven á quien el Presidente,
Luego que se sentó llamó á su lado;
Y al marqués que le asiste diligente,
Presenta el oficial afortunado,
Diciendo: « Amigo mío, este valiente
Jóven, que siempre como á hijo he amado,
Es el ilustre capitán Eulogio,
De que os hablé mil veces con elogio. »

Son notables por su sencillez y delicadeza los versos cantados á la guitarra por Leonor y por Eulogio, en la noche del baile. Están llenas de sentimiento y expresan un amor ardiente y puro las estrofas cambiadas entre los dos amantes, despues de la descomedida recepcion hecha á Eulogio por la marquesa; así como tiene verdadero interés dramático la escena pasada entre la marquesa, Eulogio y Leonor, el día de esa malhadada visita. El episodio de la iglesia tiene interés por lo que se pasa entre los dos amantes; pero deja mucho que desear en cuanto al encuentro del padre con la hija: ninguno de los dos se dirige la palabra; Leonor logra que Eulogio arroje su acero y se rinda cuando el marqués se avanza á atacarlo; pero en las súplicas que ella hace á su amante no entran ni el amor ni el respeto filial. La descripción de la Semana Santa, como cuadro de costumbres, es cumplido.

La sesion de la Real Audiencia es tambien interesante por la pintura de los usos y costumbres de la época á que se refiere la leyenda, y por la exactitud con que se exhibe el carácter de cada uno de los personajes que figuran en la escena. El abogado de Eulogio es un verdadero tipo de *Opera-Cómica*.

Copiaremos algunas octavas de las que dicen relacion con la pintura de lo que era una de esas salas donde se celebraban las sesiones de la Audiencia y del modo como estaban colocados los jueces, acusador, acusado y defensores:

Que voy á describir en tosco estilo
Una sesion de la Real Audiencia,
Y si en forense confusion me enbilo,
Benévolo el lector tendrá paciencia:
Si él es juez ó letrado, que tranquilo
No tache mi labor de impertinencia:
Pinto el foro del siglo que pasó,
Porque el presente marcha *comme il faut*.

Figurémonos, pues, una gran sala
De bajo techo y polvorientos muros,
Cuyo alfombrado es una jerga rala,
Cuyos asientos son escaños duros:
Ostenta el artesón por rica gala
Pintada á la Justicia, que sus puros
Fallos pinta en imparcial balanza,
Armada del puñal de la venganza.

Bajo un dosel de oscuro terciopelo
Cinco odiores se ven encaramados
Sobre poltronas, con su faz de hielo,
Grande nariz, cabellos empolvados:
Sendas gozillas con orgullo vuelvo
Tienen, y en anchas togas sepultados
Con pompa y majestad se contonean,
Y sin cesar sus ojos pestañean.

Hay frente de ellos una mesa vasta
Que reviste de púrpura un tapete,
Al medio otra menor, donde se gasta
Del relator el triste sonsonete.
Fiero el marqués, cuyo rencor no basta
A saciar el destierro ni el grillete,
Y venganza mortal pide inhumaño,
En pié se encuentra á la derecha mano.

Protégelo un doctor cuya experiencia
Merece á todos reverente aprecio,
Su persona es tan ancha cual su ciencia,
Y para acusador no tiene precio.
Mas tan pagada se halla su conciencia
De su mérito propio, que de necio
Parece que tratara su insolente
Mirada á otro doctor que se halla enfrente.

El cual defiende al reo, y faz enjuta
Tiene, y cuerpo delgado como alambre,
Es diestro en embrollar una disputa,
Y hacer de falsas citas un enjambre;
Pero el pueblo por sabio le reputa,
Porque empezando á hilar el largo estambre
De su difusa estrepitosa arenga,
No hay freno ya que su furor contenga.

Cerca de él está Eulogio: á la cintura
Lleva cadena que á sus piés descende,
Y sus manos tambien esposa dura
Con injusto rigor aprieta y hiende:
Está casi encubierta su figura,
Pues sobre el seno su cabeza pende,
Aunque la turba que le mira atenta,
No halla de palidez su faz exenta.

Si es cierto su dolor, si en desaliento
Se encuentra Eulogio, no es que le acobarde
Un secreto interior remordimiento,
O su sentencia con terror aguarde.
Pero hallarse en tan triste abatimiento!
Ver á su fiero acusador alarde
Hacer de la opresion en que le tiene!...
¿Porqué la muerte de una vez no viene?...

Luego que el escribano del proceso
La relacion monotona concluye,
El fiscal con razones de gran peso
Entabla su filípica, y arguye
Citando leyes en profuso exceso,
Y mas de un escritor que mucho influye,
Y exige al fin la muerte sin dispensa
Para el autor de tan horrible ofensa.

J. M. TORRES CAICEDO.

(Se continuará).

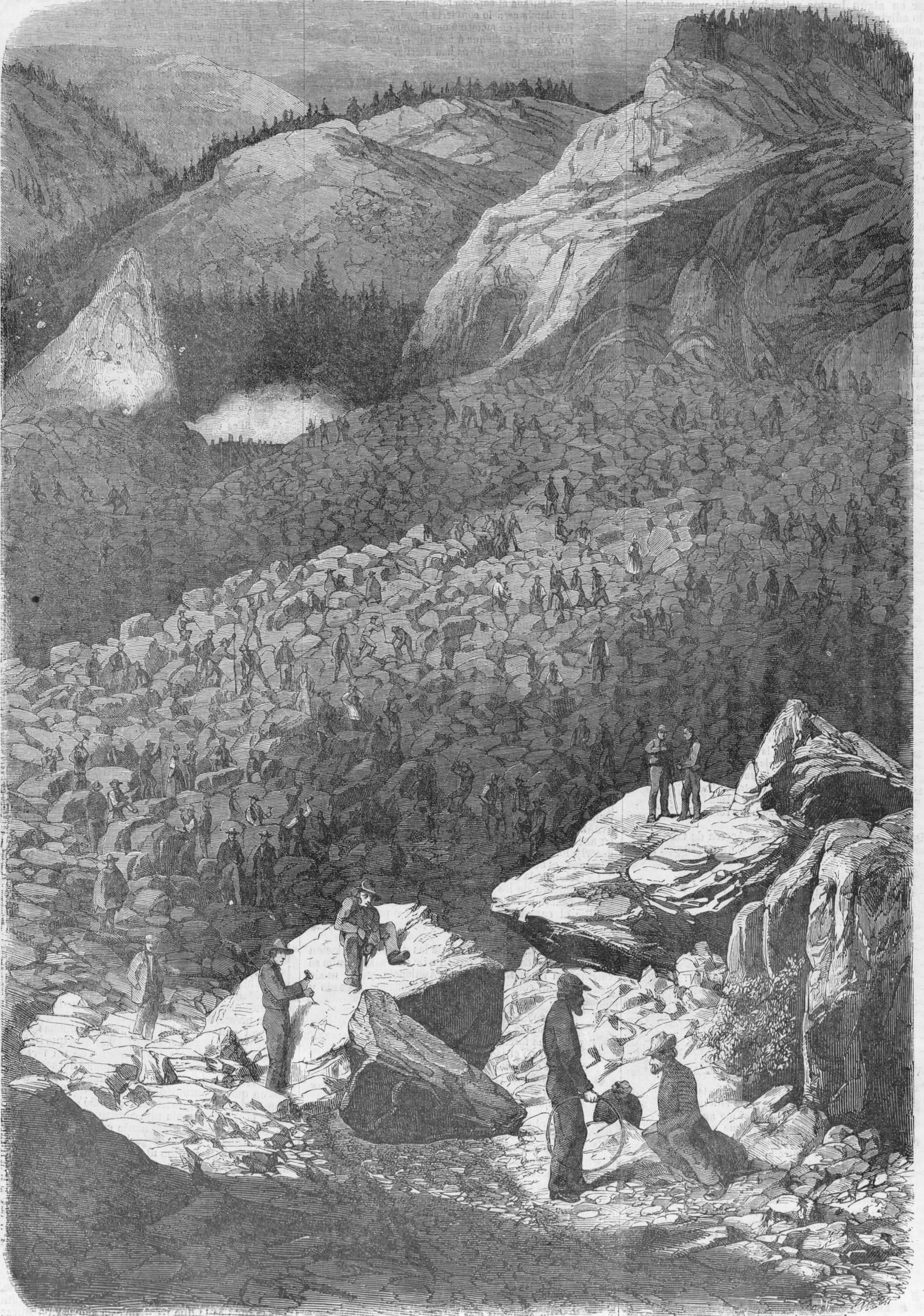
Los ferro-carriles del Estado en Austria.

I.

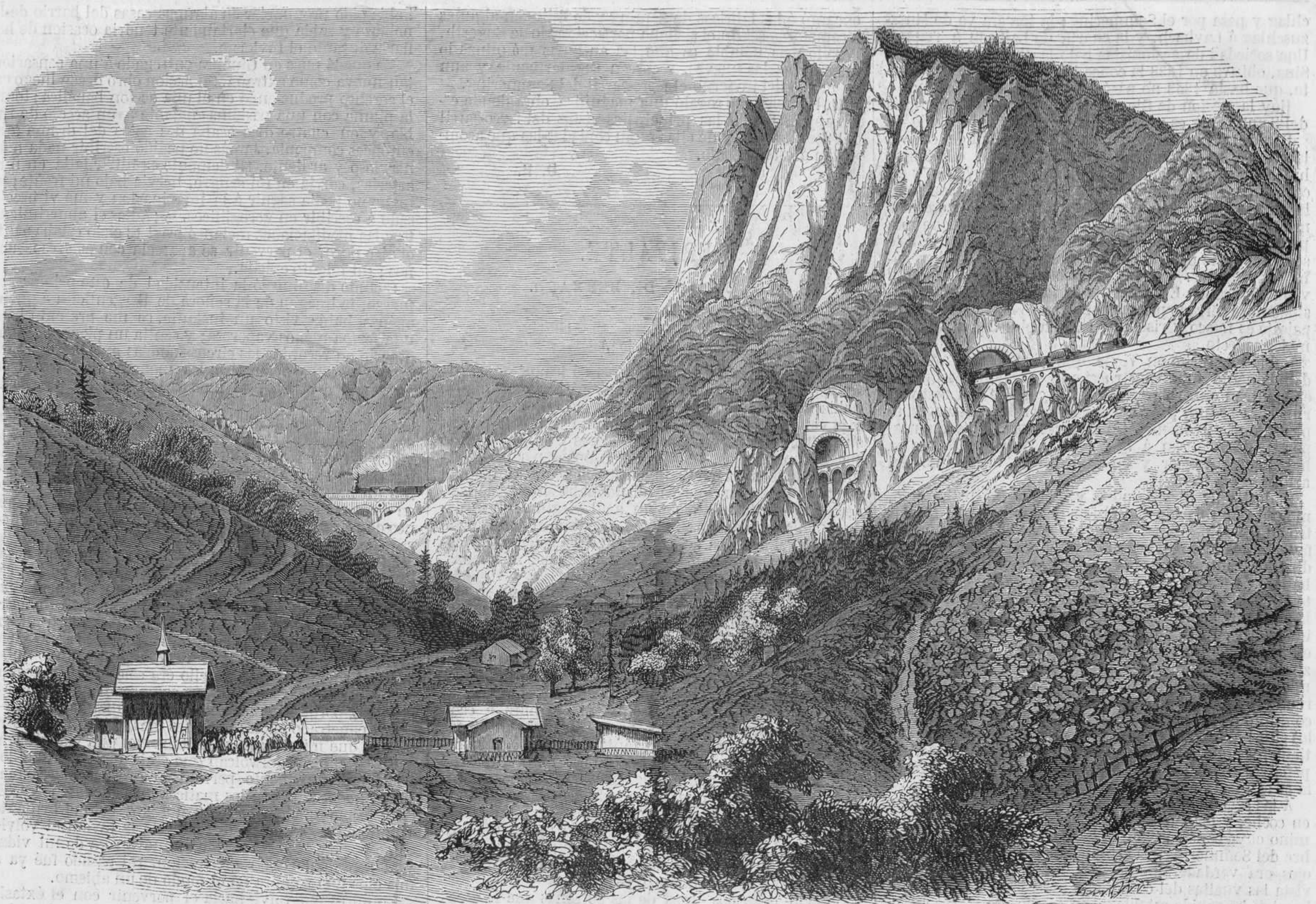
EL SEMMERING Y SU VIA FÉRREA.

Entre los problemas que el Austria resolvió durante la crisis que la había creado la revolucion de 1848, merece consideraciones particulares el de la conclusion del camino de hierro de Viena á Trieste. Las reformas interiores de un Estado pueden ser mas ó menos meritorias sin que esto interese particularmente á los Estados extranjeros; pero si mediante la construccion de una via férrea por países donde un camino ordinario y una obra de arte, quiere un gobierno poner en comunicacion las orillas del Adriático con las del mar del Norte y el mar Báltico, debe contar con la gratitud de toda la Europa. Las comarcas bajas del Austria se hallan separadas de las del Adriático por países de montaña, y cortados por rios. Los Alpes Noricos que atraviesan esa parte de las provincias austriacas, aunque no pertenecen á las montañas mas altas de la Europa central, presentan, sin embargo, terrenos muy desiguales, y el proyecto de establecer allí un ferro-carril, ha parecido en un principio tan gigantesco y aventurado, que hombres muy competentes dudaron si era realizable. Pero habia un medio de prescindir de esas montañas y de unir Trieste á Viena con un rodeo en Hungría. Muchas veces se ha dicho que el gobierno austriaco antes que hacer partícipe á la Hungría de los beneficios de un ferro-carril importante, preferia vencer obstáculos inmensos; pero las personas que así critican olvidaban las circunstancias en que se encontró el gobierno austriaco. El proyecto del camino que nos ocupa nació en 1838: en esta época la Hungría tenia una constitucion aparte; no solo no entraba proporcionalmente en el pago general de contribuciones, lo que decidió al gobierno á negarle las ventajas de un camino al que tenían un derecho mas incontestable las otras provincias que contribuían mas particularmente á sobrellevar las cargas del Estado, sino que la expropiacion consiguiente á tales empresas presentaba en aquel tiempo en Hungría grandes dificultades. Hoy, despues de la anexion pura y simple de la Hungría á la monarquía austriaca, es probable que el gobierno no habría pensado en construir un ferro-carril á través de los Alpes, cuando podia establecerle en un terreno infinitamente mas favorable.

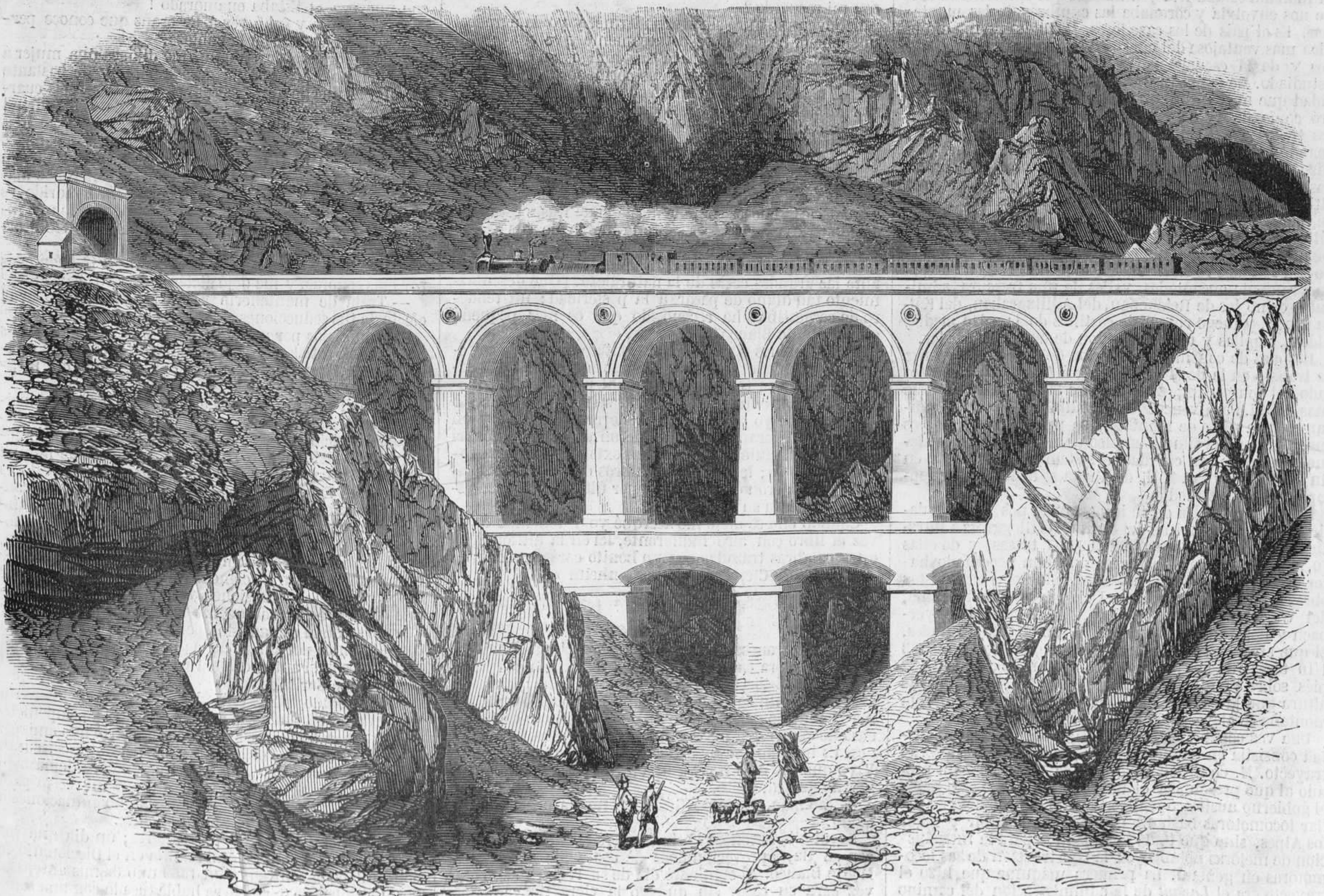
El ferro-carril de Viena á Trieste tiene cuatro secciones, y hoy vamos á describir aquí la mas interesante. La primera de estas secciones es la de Viena á Gloggnitz; la segunda es la que parte de esta aldea, va á Murzzus-



Ferrocarril de Trieste. — Una cantera en el Semmering.



Capilla para los trabajadores y vista del ferro-carril en la hondonada de Bollers-Wänd.



Viaducto del Kraussel-Klause.

chlag y pasa por el Semmering; la tercera va de Murzschlag á Lavbach, y la cuarta de Lavbach á Trieste. Una sociedad de accionistas bajo la direccion del baron Sina, obtuvo en 1838 la concesion de esta via importante, que hasta 1853 no pasó á propiedad del gobierno.

Hoy la seccion de Gloggnitz á Murzschlag á través del Semmering es una de las maravillas del mundo.

Desde 1841 conocia yo la primera mitad de esa via la que va desde Viena á Gloggnitz, y ya en ese tiempo habia admirado el hermoso embarcadero de Viena, y los coches cómodos que corren por ese camino; son muy largos, y se sube á ellos por una especie de escalera muy ancha que conduce á un balcón el cual tiene una puerta que da entrada al interior del carruaje. En este se puede ir de pié y hasta pasearse; á los lados hay cómodos asientos. Al salir de Viena se disfruta de una vista admirable. El horizonte de la llanura se halla casi siempre cerrado por las cumbres de las montañas; el paisaje es fresco y risueño; los pueblos tienen todos el mejor aspecto.

Habíame dicho en Viena que para poder apreciar debidamente esas construcciones maravillosas que se encuentran entre Gloggnitz y la cúspide del Semmering, era preciso pasearse por los carriles. En wagon se pierden efectivamente los detalles más interesantes, porque desaparecen á la vista las dificultades que ha habido que vencer y en esto estriba el triunfo del arte.

El doctor R. Hirsch, poeta y bibliógrafo distinguido, me puso en relacion con el jefe de gabinete del ministro de Obras públicas, y este funcionario obtuvo en mi favor una recomendacion para el caballero de Ghega, director central de los ferro-carriles del Estado. El caballero de Ghega que es uno de los ingenieros más entendidos y afanados de la monarquía austriaca, tuvo la bondad de darme una carta para M. Casimiro Pilarsky, ingeniero superior del camino que tenia su residencia en Schottwien, aldea situada entre Gloggnitz y Murzschlag. Llegué por la tarde, y despues de un recibimiento muy cordial, M. Pilarsky me prometió que se reuniría conmigo á la mañana siguiente para visitar el conjunto de las obras. Yo empleé la tarde en recorrer los sitios pintorescos en sus cercanías. Schottwien no tiene más que una calle situada á la falda de inmensos peñascos sobre los cuales se construyeron torreones en la edad media para la defensa.

A las seis de la mañana M. Pilarsky vino á buscarme en coche, y principiamos á subir por un magnífico camino cuya construccion no debe ser antigua, á la cumbre del Semmering. El espectáculo que se ofreció á mis ojos era verdaderamente grandioso. Yo seguia con la vista las vueltas del camino de hierro que la mano del hombre ha sabido establecer en medio y á través de rocas que se creian inaccesibles. Era en el mes de abril, la mañana estaba fria y á medida que subiamos la nieve nos envolvía y coronaba las cumbres de las montañas. Es el país de los cazadores. M. Pilarsky me dió la idea más ventajosa del cuerpo de los ingenieros austriacos y de la escuela política de Viena donde habia estudiado. Me expuso los detalles técnicos con tanta claridad que me facilitó mucho su conocimiento. Me mostró como habia atacado las rocas, como suspendian á los trabajadores encargados de practicar las minas; mandó encender teas para pasar los subterráneos, y me hizo ver los sitios más pintorescos. Los carriles están casi siempre al borde de abismos espantosos. En ciertos sitios se han elevado balaustradas que dicen son bastante fuertes para contener á los coches en caso de descarrilamiento. No hay para qué decir que las curvas tienen un papel considerable en un sistema que ha exigido tan grandes rodeos. Y á todo esto se ven sitios verdaderamente encantados, valles de una frescura admirable como los de Reichenau, del Adlitzgraben, del Kalte Rinne, y luego ruinas de castillos de la edad media, aldeas, capillas y una vegetacion de las más variadas.

Despues de concluida la seccion de Viena á Gloggnitz se trabajó en la de Murzschlag á Lavbach por el otro lado del Semmering, reservándose las obras de la parte más difícil. Para vencer las dificultades que se presentaron en la parte de montaña, se propusieron muchos medios, como el simple empleo de los caballos, el sistema de tension con cuerdas, el sistema atmosférico y en fin las locomotoras. A M. de Ghega se debe que se adoptara este último medio.

Para dar una idea de su importancia nos bastará decir que toda la longitud del camino de Gloggnitz á Murzschlag no es más que de 21,632 37 toesas, y de ellas 10,762 100 están en línea curva. Se han necesitado hacer quince túneles y diez y seis viaductos; entre estas obras las más notables son: el viaducto del Kalte Rinne, del Wagener y de Jagergraben, del rio cerca de Payerbach y del Adlitzgraben inferior. En cuanto á túneles, el que atraviesa la cumbre del Semmering tiene 753 1/10 toesas de largo. El mismo Semmering tiene 3,132 piés sobre el nivel del Adriático, y 1,828 piés más de altura que la estacion de Gloggnitz. Sobre este túnel, la montaña se eleva todav á una altura de 60 toesas.

Una vez concluidos estos trabajos colosales la dificultad consistía en hallar locomotoras capaces de hacer el trayecto. M. de Bruck tuvo la idea de ofrecer un premio al que presentara el mejor sistema. De este modo el gobierno austriaco realizó no solo el problema de hallar locomotoras bastante poderosas para subir y bajar los Alpes, sino que tomó la iniciativa para la introduccion de mejoras notables en la construccion de las locomotoras en general. La primera máquina que hizo el trayecto era el *Lavant* de la administracion del camino de hierro del Sur. En noviembre de 1853 el gobierno

encargó á las fábricas de Serain y de Eslingen algunas locomotoras segun el sistema perfeccionado de Engerth. Pero lo más notable es que las antiguas máquinas lo mismo que las nuevas, recorren regularmente y aun en medio del invierno el ferro-carril del Semmering.

M. Pilarsky me regaló una magnífica obra donde están representadas las principales vistas del ferro-carril del Semmering, y de ellas están copiadas las que acompañan á este artículo.

D. B.

GERIFALTE.

Por CARLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

Quise alejarla de aquel sitio, pero á los primeros pasos sentí que vacilaba; estaba muy pálida y sus ojos se habian cerrado. Para sostenerla, la enlacé en mi brazo y la volví hácia el Norte; el ambiente fino que dió en su rostro reunió un poco sus colores y en breve abrió sus hermosos ojos. Dominado entonces por un sentimiento de ternura irresistible, estreché contra mí aquel cuerpo encantador que se abandonaba sin resistencia. Bajo aquel firmamento de un azul virginal, en medio de aquellas montañas sublimes, próximo al golfo donde aquel ángel acababa de exponerse á tal peligro, mi corazón se abrió, un raudal de vida corrió por mis venas, conocí que la amaba y se lo dije.

Un instante permaneció apoyada contra mi pecho con sus ojos lánguidos fijos en los míos, sin responderme, quizás sin oirme. Los gritos de las personas que la llamaban, y de las cuales algunas venian á ella ya, rompieron el hechizo. Por un movimiento simultáneo, se alejó de mí, y yo la ofrecí el brazo como si estando en un salon la sacara para una contradanza; ella le tomó, pero no pude lisonjarme del favor, pues á cada paso temblaban sus rodillas. Las grietas más pequeñas que habia atravesado ya con tanta ligereza, la inspiraban un horror que adivinaba por el estremecimiento de su brazo. Me hallé pues, obligado á dar muchos rodeos para evitar aquellas quebraduras de las rocas alargando así mi camino, lo que no me inspiró ninguna queja. No sabia yo que llegado al puesto, la gente, ese otro mar de hielo, me la debia arrebatar quizás para siempre? Marchábamos en silencio ó pronunciando palabras indiferentes con un embarazo recíproco.

Cuando llegamos cerca de las personas que la esperaban, la dije soltando su brazo:

— Habéis perdido mis flores; ¿sucederá lo mismo con mi recuerdo?

La jóven me miró sin responderme, y yo la agradecí su silencio. La saludé respetuosamente y volví al pabellon mientras ella contaba á sus amigos su aventura, aunque no creo dijera todos sus pormenores.

Casi todos los viajeros que visitan Chamouny se parecen á una O con el acento circunflexo. Hay precision de admirarse de todo en ese sitio; ningun tendero acude allí que no oblique á su cara mitad á contemplar con asombro la naturaleza; ningun boticario que no levante la frente con orgullo, ningun magistrado en vacaciones que no abra los ojos desmesuradamente. El libro de los viajeros se halla atestado de frases estupidas de todos esos señores sobre la fuerza de sus sensaciones, la exaltacion de su ánimo, la necesidad de manifestar lo que sienten, el conocimiento de su pequeñez ante las grandes cosas de la naturaleza. ¿Qué descubrimiento tan digno de pasar á la posteridad; un tendero de comestibles ha reconocido que es más pequeño que el Monte Blanco!

El libro de los viajeros en el Montanvert es una coleccion de necedades poliglotas, al que pocas personas dejan de pagar su tributo correspondiente; los más modestos se contentan con estampar su nombre. Por esto me prometia yo saber el de la hermosa viajera, y en efecto mis esperanzas se cumplieron. En breve descubrí al señor de Mauleon ocupado en extender su firma sobre el registro; los demás miembros de la pequeña caravana siguieron el ejemplo, y por último, la jóven escribió también su nombre.

Cuando ella se alejó me acerqué yo y tomando á mi vez el libro con aire indiferente, leí en la última línea estas palabras trazadas con un bonito carácter de letra:

« Baronesa Clemencia de Bergenheim »

VII.

— ¡ La baronesa de Bergenheim! exclamó Marillac; *vibrante*, ahora caigo, y podría perdonarme la continuacion de tu historia. Por eso en vez de visitar las márgenes del Rhin como nos habiamos propuesto en Paris, me has hecho dejar el camino de Estrasburgo con la excusa de recorrer á pié los lugares pintorescos de los Vosges. Es indigno abusar así de la inocencia de un amigo. Y yo que me dejo traer á una legua de Bergenheim, lo mismo que un tonto...

— Silencio, exclamó Gerifalte, no he concluido todavia.

Seguí á la baronesa hasta Ginebra adonde iba de aquí con su tia, aprovechándose de ese viaje para ver el Monte Blanco. Al siguiente dia de su regreso salió otra vez para su casa, sin que yo la viera nuevamente; pero tenia su nombre que no me era desconocido; le

habia oido pronunciar en algunas casas del barrio de la nobleza y sabia que ciertamente tendria ocasion de hallarla durante el invierno.

Me quedé pues en Ginebra entregado á una sensacion tan nueva como extraña. Su accion obró desde luego en el cerebro produciendo en él una accion benéfica; tomé la pluma con una piston semejante á un acceso de rabia, y en cuatro dias acabé dos actos del drama que entonces componia. Jamás he podido escribir nada más nervioso y ardiente. Mi demonio familiar latía en mis arterias, corria en mi sangre, hervia bajo mi frente; la mano no podia seguir á la imaginacion y me ví precisado á escribir en geroglíficos. — ¡ Adios el aburrimiento y las meditaciones melancólicas! El cielo estaba azul, el aire puro, el porvenir se aparecía con colores risueños; mi talento existia.

Cuando disminuyó la intensidad de este primer esfuerzo, la imagen de la señora de Bergenheim á quien apenas habia visto un instante, se me presentó bajo una forma ménos vaporosa; y sentia un placer extraordinario en recordar las circunstancias más insignificantes de nuestro encuentro, los menores detalles de su persona, su vestido, su manera de andar y todos sus ademanes.

Las cosas que me habian hecho mayor impresion, eran la dulzura extraordinaria de sus hermosos ojos, la vibracion casi infantil de su voz, el suave perfume de sus cabellos y en fin la presion de su talle flexible sobre mi brazo y contra mi pecho. Pasaba embriagado en estos recuerdos largas horas, y al fin no podia ménos de reirme de mi preocupacion digna de un enamorado de quince años.

Estaba tan convencido de mi importancia para amar que no se me vino á la mente la idea de una paion seria. Sin embargo, el pensamiento de tan hermosa mujer se arraigaba en mi memoria y amenazaba invadirlo todo. Entonces me sometí á un análisis escrupuloso; buscaba el foco preciso de aquel sentimiento cuyo yugo involuntario sufría ya, y durante algun tiempo quise persuadirme que todo aquello era solo una exaltacion de mi cerebro; pero en breve comprendí que el mal ó el bien ¿ por qué hemos de llamar un mal al amor? — habia penetrado en las regiones más nobles de mi ser, y sentí que mi corazón se agitaba con una vida nueva.

En las cenizas del volcan que creia apagado, una flor nació repentinamente perfumada con los olores más suaves, adornada con los matices más encantadores. El entusiasmo sencillo, la fé en el amor, todo el brillante séquito de las candidas ilusiones de la juventud volvió como por encanto á saludar la nueva rosa de mi vida, y al aspecto de esa regeneracion, mi pasado fué ya á mis ojos una sombra en el fondo de un abismo.

Entonces me volví hacia el porvenir con el éxtasis del musulman que se arrodilla mirando al Oriente, y me compadecí de mi inteligencia al pensar en mi corazón nuevo. — ¡ Estaba enamorado!

Volví á Paris y fuí á ver á Casorans que conoce perfectamente el barrio de la nobleza.

— La señora de Bergenheim, me dijo, es una mujer á la moda, no muy bonita, pero añable y de bastante talento. Es una de nuestras coquetas de diez y seis cuarteles de nobleza y de veinticuatro quilates de virtud que tienen siempre varios adoradores. En este momento Mauleon y de Arzenac figuran al frente de los suspirantes. Debe pasar el invierno aquí en casa de su tia, la señorita de Corandeuil una de las solteras más feas y malvadas de la calle de Varennes. El marido es un excelente sugeto que despues de la revolucion de julio vive en sus haciendas, cazando siempre y sin acordarse de su esposa.

Enseguida me fué nombrando las casas frecuentadas por esas señoras, y me dejó diciéndome con ironía:

— Trata de mantenerte firme si quieres probar el efecto de tus seducciones en el ánimo de la baronesa.

Estas noticias por parte de una víbora como Casorans me dejaron satisfecho; evidentemente la plaza no estaba tomada, y se trataba de saber si, en efecto era inexpugnable.

Antes del regreso de la señora de Bergenheim, principié á frecuentar las casas que mi amigo me habia señalado. Mi posicion entre la nobleza es singular, pero buena á mi juicio; tengo bastantes relaciones de familia para ser sostenido por muchos si me atacan y esto es lo esencial. Es verdad que gracias á mis obras estoy considerado como un ateo, como un jacobino, pero dejando esto aparte, me reciben con afecto. Luego como es notorio que no he querido admitir ni empleo ni honores, quedo medio lavado de mis crímenes. Además paso por erudito en el blason, ciencia que debo á uno de mis tíos, hombre de pretensiones genealógicas. Esto me vale una consideracion de que me río muchas veces al ver que me saludan con amistad personajes que me detestan cordialmente, por mérito de la guerra, y en fin, en esos países no soy el autor dramático ni el novelista, sino el vizconde de Gerifalte.

Resumiendo pues, entre la nobleza soy primero un vizconde, y segundo un hombre de talento, suponiendo que tenga alguno, como quieren decirlo mis amigos. Yo encuaderno mis obras con mis pergaminos, cubro mi talento con mi título como una píldora demasiado amarga en un polvo sagrado. Ahí tienes mi receta para hacer digerir las enormidades de mis abominaciones á las viejas y á los caballeros de Coblenz.

Hay casualidades muy particulares; un dia que me puse á leer el artículo de mi familia en el Diccionario de Saint-Allais, encontré que en 1569 uno de mis antepasados, Cristóbal de Gerifalte se habia casado con una señorita Iolanda de Corandeuil.

— ¡ Oh ! mi querido abuelo, exclamé lleno de júbilo, me vais á servir de pasaporte.

Algunos días despues fuí á casa de la marquesa de Chameillan, una de las tertulias mas aristocráticas del noble barrio. Cuando entro en tales casas estoy acostumbrado á producir la misma sensacion que causaria sin duda el demonio si pusiera el pié en uno de los salones del paraíso. Aquella noche el efecto fué el mismo. Así que me anunciaron noté cierta ondulacion de cabezas en los grupos de las jóvenes que se hablaban al oído, muchos ojos curiosos clavados en mi persona, y entre estos ojos encantadores, dos mas hechiceros que todos los demás; eran los de la hermosa viajera del Montanvert.

Cambié con ella una mirada rápida, una sola; y luego cuando hube saludado á la dueña de la casa me confundí entre los hombres evitando mirar por segunda vez á la señora de Bergenheim.

Un momento despues la señora de Chameillan vino á ofrecer á un personaje que estaba á mi lado una carta para el wisth; pero este no pudo aceptar porque se marchaba.

— No me atrevo á suplicaros que juguéis un rato con la señorita de Corandeuil, me dijo volviéndose hácia mí; además no comprendo tan mal mis intereses y el recreo de estas señoras para que quiera esclavizaros á una mesa de juego.

Yo tomé el naipe que me ofrecía á medias con una presteza extraordinaria.

La señorita de Corandeuil era en efecto aquella persona fea y de mal talante que me habia anunciado Casorans; pero aunque me hubiese infundido mas espanto que las brujas de Macbeth, estaba decidido á conquistarla. Principié pues, á jugar con una atencion inusitada. Jugaba con ella y conocia por experiencia el profundo horror que causa á toda vieja la pérdida de su dinero. Nunca he deseado ganar como lo deseaba aquella noche. La señorita de Corandeuil que tiene cuarenta mil libras de renta, no se mostró insensible á una ganancia de dos ó tres luises y así fué que al levantarme de la mesa me dijo con un aire casi gracioso, felicitándome por mi manera de jugar:

— De buena gana caballero, formaria con vos una alianza ofensiva y defensiva.

— La alianza existe ya, señorita, respondí aprovechando la ocasion que se presentaba.

— ¿Y cómo? repuso alzando la cabeza con aire de dignidad como si se dispusiera á rechazar alguna frase imprudente.

Yo también tomé un aire muy digno, y dí á mi fisonomía un aspecto feudal.

— Señorita, me honro de pertenecer á vuestra familia, de lejos es verdad, pero esto me hace hablar de alianza entre nosotros como de una cosa concluida. En 1569 uno de mis antepasados, Cristóbal de Gerifalte capitán de los arcabuceros del rey Carlos IX se casó con la señorita Iolanda de Corandeuil, una de vuestras tías.

— Efectivamente Iolanda es un nombre de mi familia, repuso la solterona con la sonrisa mas afable que podia verse en su rostro; los Corandeuil, caballero, no negaron jamás sus alianzas, y es para mí una gran satisfaccion el reconocer mi parentesco con un hombre como vos; nosotros llamamos primos á nuestros aliados de mil trescientos.

— Tres siglos mas cerca estoy yo, repuse á mi vez con voz insinuante; ¿puedo esperar que esta buena fortuna será á vuestros ojos un título que me autorice para presentaros mis respetos?

La señorita de Corandeuil respondió á mi peticion con un permiso para visitarla otorgado con la mayor cortesía. Mi atencion no se hallaba tan ocupada en nuestro diálogo que no viese durante ese tiempo en un espejo el interés con que la señora de Bergenheim seguía con la vista nuestra conversacion; pero tuve mucho cuidado en no volverme, y la dejé marchar sin dirigirla una segunda mirada.

Tres días despues la hice mi primera visita.

La señora de Bergenheim recibió mi saludo como una mujer que estaba en guardia. Cambiamos despues otra mirada rápida y profunda, y eso fué todo. Enseguida aprovechándome de las muchas visitas que aseguraban á cada cual su libertad, me puse á estudiar con atencion el terreno en que acababa de plantarme.

En breve reconocí que Casorans no me habia engañado. Entre todos aquellos hombres que estaban allí se veía claramente que habia dos aspirantes declarados; el caballero de Mauleon, cuya insignificancia era notoria, y el caballero de Arzenac que á primera vista podia parecer mas peligroso.

Gracias á sus cien mil libras de renta, y á su mérito, Arzenac tiene en el mundo una envidiable posicion; sabe sostener su nombre y su fortuna; intachable en sus costumbres como en sus maneras, suficientemente instruido, de una urbanidad exquisita, pero reservado, y hábil conocedor del terreno que ocupa, era sin contradiccion el hombre favorito del salon de la señorita de Corandeuil.

Pero á pesar de todas estas ventajas, un exámen atento me demostró que su posicion era desesperada. La señora de Bergenheim le recibia muy bien, demasiado bien, le escuchaba ordinariamente con una sonrisa en la cual podia leerse cierta gratitud por las atenciones que la prodigaba. Le veía con gusto en su comitiva por el paseo del bosque de Boulogne, pues es muy buen jinete, y por último le agradaba bailar con él, pues sabe bailar con una perfeccion que encanta. — Pero á esto se limitaban todos sus triunfos.

Al cabo de algunos días, cuando el terreno estaba explorado cuidadosamente, y bien conocidos todos los suspirantes, me convencí de que Clemencia no amaba á nadie.

— Me amaré, dije en el momento en que habia adquirido esta conviccion.

Y para formular el cumplimiento de mi deseo, me fundaba en las proposiciones siguientes que son para mí artículos de fé:

Ninguna mujer es infalible,
Solo el amor preserva del amor.

Así pues, la mujer que no ama y que ha resistido á nueve amantes, cederá al décimo. — Se trataba de ser este décimo y aquí principiaba el problema.

La señora de Bergenheim estaba casada hacia tres años; su marido joven y de buena presencia, pasaba generalmente por el modelo de los esposos: si estas últimas consideraciones tenian poca importancia, la primera era de mucho peso. Segun las apariencias era demasiado tarde. Sin ser hermosa, agradaba mucho y á muchos; segundo obstáculo, pues la sensibilidad en las mujeres se desarrolla casi siempre en razon inversa de sus triunfos. Tenia mucho talento; igual observacion. Era muy aristocrata. Ahora bien y ó sabia que si las altas señoras son mas esclavas de sus amantes que todas las demás, para eso se vengán con gusto sobre los aspirantes de esa sumision al genio masculino. Por último, muy á la moda, muy obsequiada, muy envidiada, se encontraba bajo la vigilancia especial de las devotas, de las solteronas, en una palabra de toda esa gendarmería femenina, cuya boca, ojos y oídos parecen tener mision expresa de desolar á los corazones sensibles vigilando por la conservacion de las buenas costumbres.

Esta masa de dificultades, todas ellas presentes á mi espíritu, cargaba mi frente de arrugas. Las palabras *me amará*, estaban siempre radiantes delante de mí; pero ¿cómo alcanzar ese objeto? Ninguna idea satisfactoria se me ocurría. ¡Las mujeres son tan caprichosas, tan profundas, tan indescifrables! Con ellas se pierde uno tan pronto! Un paso en falso, una falta de tacto ó de inteligencia, un cuarto de hora antes ó despues, esto es bastante. Una sola cosa era evidente: habia que desplegar muchas seducciones, un plan completo de estrategia; pero ¿cuál era este?

Muy lejos de nosotros estaba aquel paraíso terrestre del Montanvert donde yo habia podido en ménos tiempo del que se necesita para bailar una contradanza, exponerla á la muerte, salvarla despues, y decirlo á guisa de conclusion: ¡es amo! En los salones la pasión no puede tener ese carácter libre y dramático; al resplandor de las arañas las flores se marchitan; la atmósfera de los bailes y de las fiestas oprime con su calor sofocante el corazón que tan pronto se dilata con el aire puro de las montañas: el extravío del ventisquero habria sido locura en Paris; allí quizás una simpatía mas fuerte que las convenciones sociales nos habria necho el uno para el otro Octavio y Clemencia; aquí, ella era la baronesa de Bergenheim, y el vizconde de Gerifalte. Tenia pues, que entrar por el camino trillado, principiar la novela por la primera página, sin saber como unir el prólogo á la historia.

¿Cuál sería pues mi plan de campaña?

¿Me haria hombre amable? ¿trataría de cautivar su atencion y sus buenas gracias con esa continuidad de cuidados, de finas lisonjas y de constancia que constituyen lo que se llama clásicamente el arte de hacer la corte? Pero ya el caballero de Arzenac se habia apoderado de este papel y le llenaba con una superioridad que hacia toda competencia impracticable. Además yo veía lo que habia adelantado con esta táctica. Para inflamar aquel corazón se necesitaba una chispa mas activa que una galantería vulgar que lisonjea la vanidad, pero no llega al alma.

Podia apelar al sistema apasionado, al amor ardiente, devorador, feroz. Hay mujeres fáciles de vencer con suspiros convulsivos, con negras miradas, con ademanes terribles que parecen decir: Si no me amas te mato; pero en las extremidades un poco bajas de la boca de Clemencia se distinguía á veces una expresion irónica que habria desafiado al mismo Otelo.

Es mujer de talento, decia yo, y ella lo sabe; aprovechemos el flaco; las mujeres suelen aceptar gustosas esa pequeña guerra que las suministra ocasion de ostentar un tesoro de muecas encantadoras, de enfados graciosos, de alegría franca, de caprichos cuyos efectos tienen bien estudiados. ¿Seré yo el Benedicto de esa Beatriz? Pero con todo esto no saldré del prólogo.

Fuí examinando sucesivamente los varios caminos que puede tomar un amante para llegar á sus fines; recapitulé todos los métodos mas ó ménos infalibles de seduccion, en una palabra, repetí mi teoría como un niño que aprende el catecismo. — Cuando concluí me encontré tan adelantado como al principio.

— Vayan al diablo todos los sistemas, exclamé; no seré tan tonto que adopte con premeditacion un papel falso, cuando me siento llamado á desempeñar al natural el de amante. Sentir vale mas mil veces que analizar; y en último resultado, amando se agrada.

Y salté al torrente de cabeza sin acordarme, sin pensar en la salida.

En tanto que combinaba mi ataque, la señora de Bergenheim se habia puesto en guardia; alarmada con mi reserva que contrastaba de un modo singular con mi conducta casi extravagante en el momento de nuestra primera entrevista, su inteligencia de mujer la habia hecho adivinar un plan que se proponia burlar una vez descubierto. Pero si me conocian, yo en parte conocia mas, de modo que no tenia yo la desventaja.

No pude ménos de sonreirme al notar su coquetería traidora cuando me decidí á seguir sencillamente las inspiraciones de mi corazón en lugar de elegir por guía los cálculos de mi entendimiento. Cada vez que tomaba su mano al bailar con ella creia sentir unas garras agudas próximas á atravesar la piel satinada del guante. Pero mientras llegaba el arañazo era una mano suave, bien abandonada.

Con la especie de brillo que me daba una reputacion bien ó mal merecida, era evidente que yo la parecia una conquista de algun valor, una víctima á quien se podian prodigar flores á montones para llevarla hasta el altar de la inmolation. Lo primero fué sacrificarme el Mauleon, el Arzenac *e tutti quanti*, sin que yo tuviese necesidad de solicitar con una mirada aquel licenciaamiento general. Interpreté como debia esta reforma; conocí que se querian concentrar contra mi persona todas las seducciones á fin de no dejarme ningun medio de salvacion. Se descuidaban las liebres por perseguir al ciervo; perdona mi fatuidad.

Esta conducta me hirió en un principio y luego la disculpé cuando un exámen mas atento me dió á conocer mejor el carácter de aquella mujer encantadora. En ella la coquetería no era un vicio del corazón ni una astucia de entendimiento, era la niñería de una alma desocupada; no teniendo nada que hacer se entregaba á ese pasatiempo sin escrúpulo pues no le concedia importancia ninguna. Como todas las mujeres queria agradecer sus triunfos la envejecian, el incienso de la embriagaba quizás demasiado, pero en medio de ese torbellino su corazón permanecía en una paz tan cándida como inalterable. Hallaba tan pocos peligros para sí en ese juego que jugaba, que debia creer no podia haberlos tampoco para nadie. Las pasiones verdaderas no son tan comunes en los salones de Paris para que una mujer bonita deba concebir grandes remordimientos de agradecer sin enamorarse.

La señora de Bergenheim era pues, coqueta con una ingenuidad y una confianza nunca vistas. No habiendo aprendido lo que es el amor, ni aun de su marido, consideraba su pequeña intriga como un derecho de su estado conquistado el día de sus bodas juntamente con sus diamantes y sus galas. Habia en el timbre fresco, pero no tierno, de su voz, en la inocencia de sus grandes ojos, que á veces clavaba en los míos sin pensar en desviarlos, en una especie de elasticidad general de toda su persona, en fin en esas mil cosas finas y delicadas que solo un amante puede apreciar, algo que decia: No he amado nunca.

Por mi parte lo creí; ¡la ilusion es tan dulce!

Los ojos de inquietarme por el lazo, caí en él y presenté mi frente al yugo con una docilidad que sin duda debió divertirla; pero me prometia que no le llevaria solo.

Una coqueta que se enorgullece friamente al sol de sus triunfos, se parece á esos buenos nadadores que hacen admirar á los presentes la gracia de sus actitudes; á veces una corriente inesperada arrastra al artista que suele ahogarse sin que le sirva de mucho saber cortar el agua con elegancia. — Una coqueta en la corriente de una pasión verdadera será arrastrada por el amor; yo tenia tanta fé en mi amor que pensaba poder precisar el momento en que la victoria me obedecería.

Sabes que el invierno último la tristeza y el fastidio eran de moda en cierta sociedad enlutada por la revolucion de julio. Las reuniones eran muy raras; no habia bailes ni tertulias; apenas se bailaba un rato al piano, y eso entre amigos íntimos. Una vez instalado de un modo conveniente en el salon de la señorita de Corandeuil, tuve ocasion para ver con frecuencia á Clemencia.

Muy largo seria detallar aquí los mil incidentes que componen la historia de las pasiones todas. Aprovechándome de su coquetería que la inclinaba á recibirme bien para hacerme expiar mis triunfos enseguida, pronto fué mi pasión cosa convenida entre nosotros; ella me escuchaba riendo y burlándose de mí; pero en fin, no me contestaba el derecho de hablar. Hábia concluido por tomar mis cartas, despues de haberse visto obligada á recibirlas gracias á una porcion de estratagemas que me suministraba mi imaginacion siempre en tormento. Escuchaba mis palabras y leian mis billetes; era todo lo que deseaba.

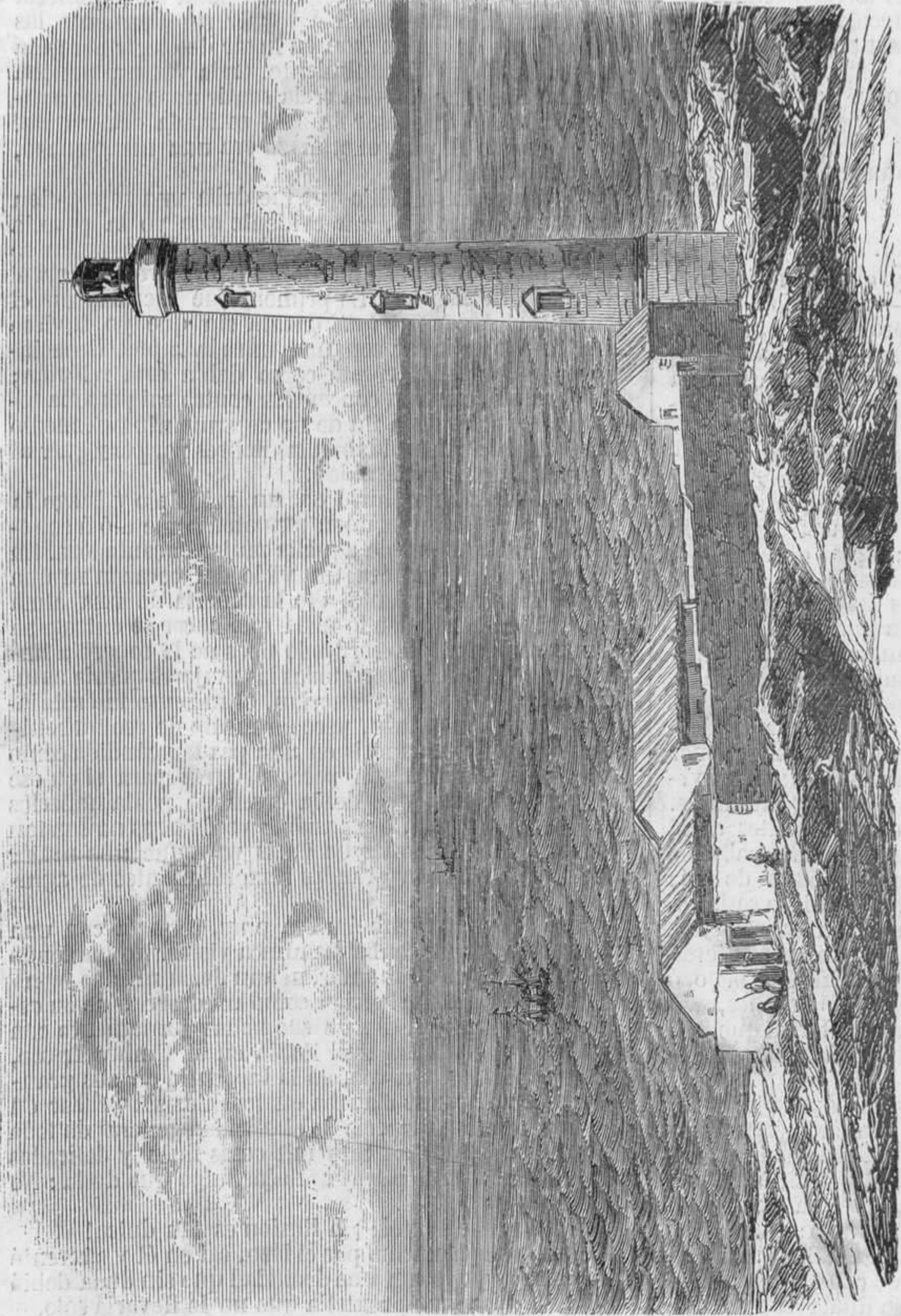
Desde el primer instante mi amor habia sido un secreto para ella y para mí; pero cada día hacia yo brillar á sus ojos alguna faceta inesperada de ese prisma de mil colores. Ann despues de haberla repetido mil veces cuanto la adoraba, mi ternura tenia todavia para ella el atractivo de una cosa nueva. Realmente en mi corazón habia algo de inabotable, y estaba seguro de embriagarla cuando hubiera bebido hasta el fin aquella copa que tomaba de mis manos como toma un juguete un niño.

(Se continuará.)

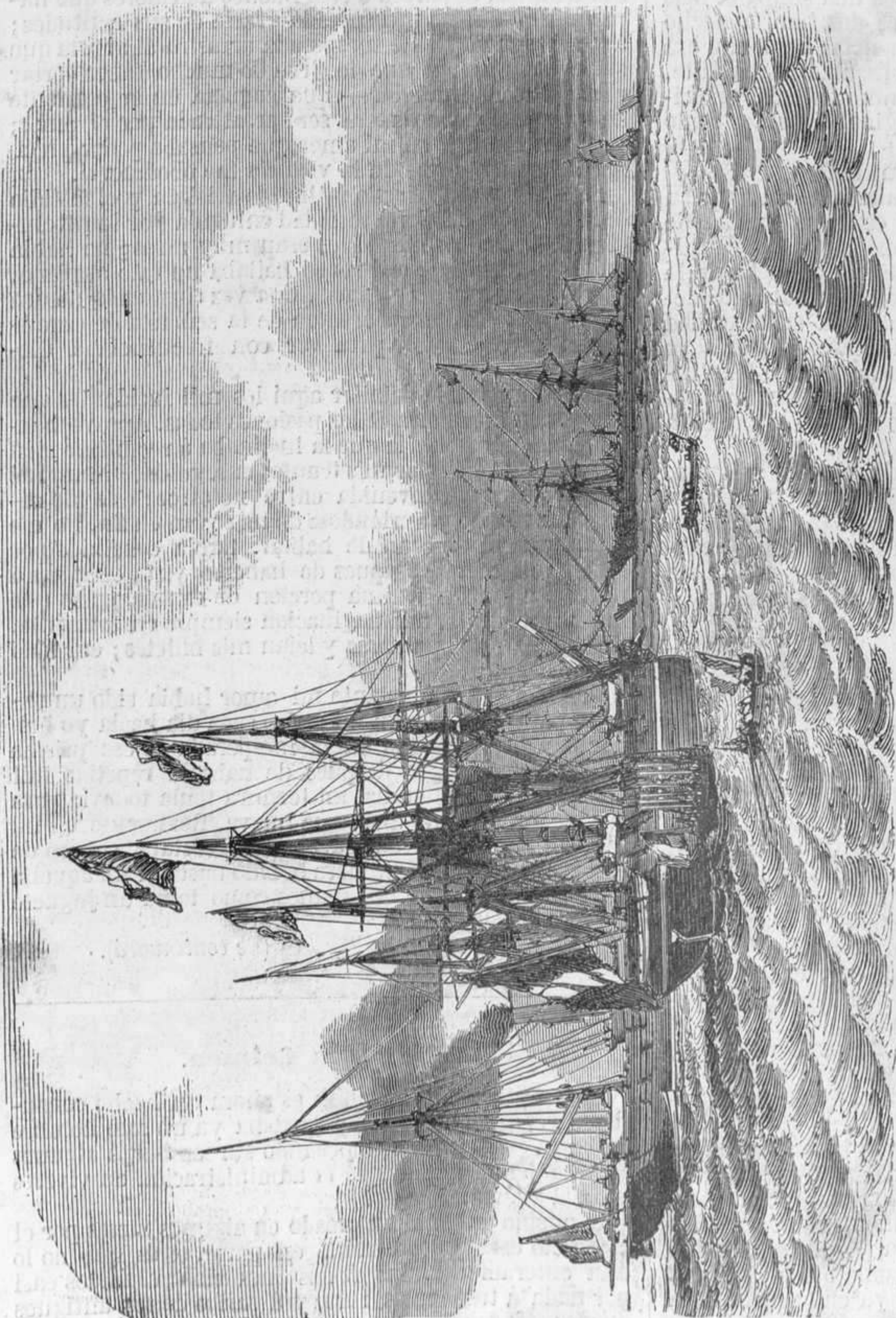
Adios á la Crimea.

La evacuacion de Kamiesh es ahora un hecho consumado; el día 3 de julio no quedaba ya un solo hombre de tropa en Crimea exceptuando sin embargo algunos destacamentos aislados de la administracion de viveres y de la guerra.

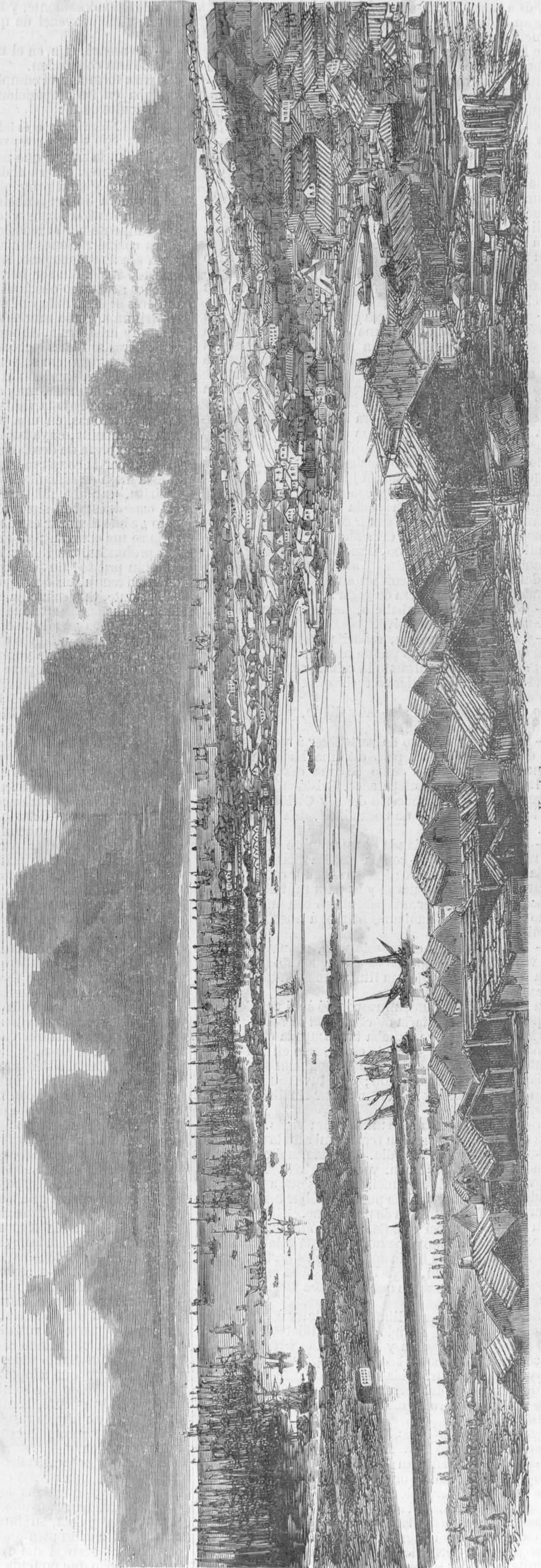
El pueblo de Kamiesh creado en algunos meses por el comercio está ya destruido en parte, si es que no lo está enteramente. Sus resios han sido vendidos casi por nada á traficantes rusos y á varios de los antiguos dueños del terreno, que se encuentran con unas pose-



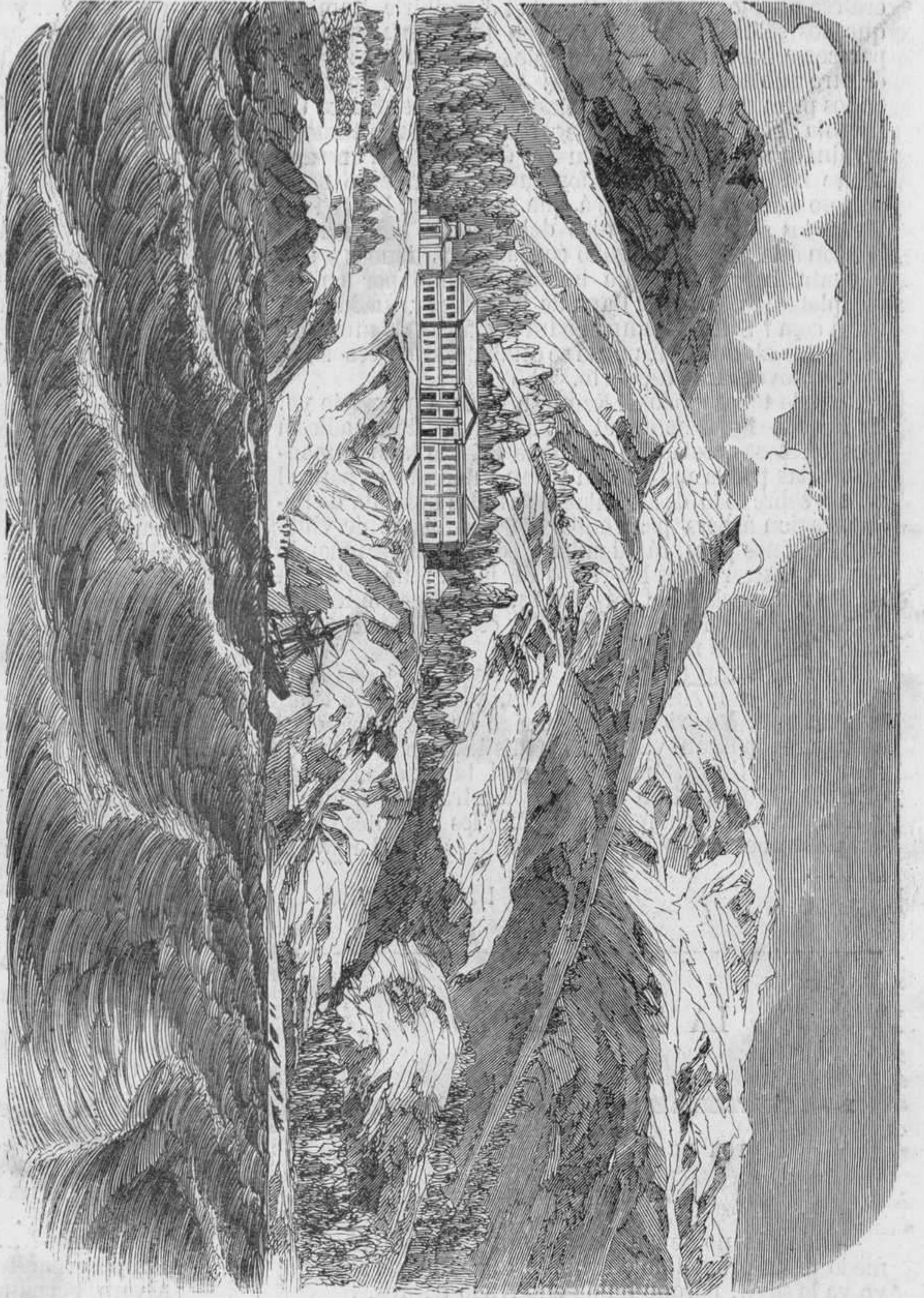
El faro de Fanagoria y la entrada del mar de Azof.



Embarque del mariscal Pelissier



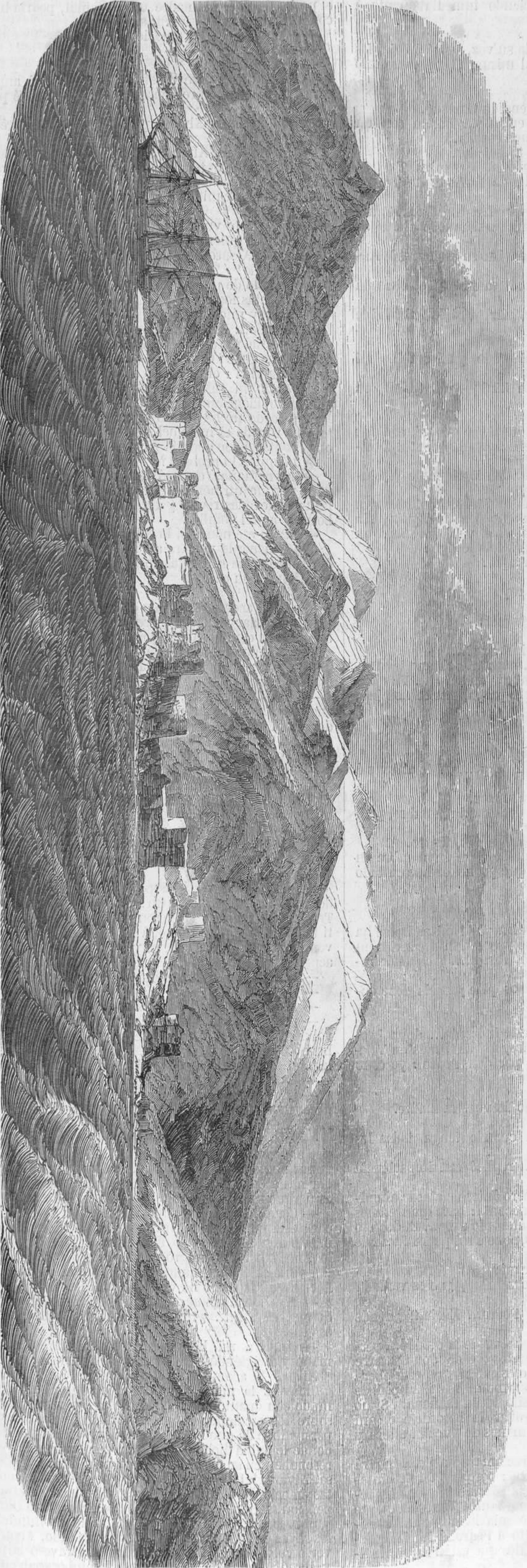
Kamiesh.



Palacio de la emperatriz de Rusia en Antcha.



El cabo A-Todor.



Las ruinas de Sudack.

siones que no tenían. Sería muy difícil figurarse lo que era ese pueblo y más difícil aun el describirle. Kamiész que los soldados designaban con mil nombres, debía parecerse bastante á los principios de San Francisco, ó de otra población improvisada. A esto añadirémos que en los primeros tiempos Kamiész era una verdadera California; si algunos que llegaron demasiado tarde se arruinaron allí por la conclusión de la guerra, en cambio se han hecho muchas fortunas rápidamente. Sería curioso señalar los precios á que se vendían los artículos en los seis primeros días del sitio. De toda esa población que había empezado con algunas tiendas y tres ó cuatro barracas, y que había concluido por cubrir completamente todo el llano de la bahía, ¿quedará alguna cosa? Solo el tiempo podrá decidirlo. Es muy probable que alguna aldea rusa se establecerá en ese sitio, y se aprovechará su puerto.

Pero de todos modos el Kamiész francés no existe ya. Ha llegado igualmente el momento de decir adiós á esas hermosas costas del Sur de la Crimea tan ricamente dotadas por la naturaleza y tan interesantes para el artista sobre todo desde Balaklava hasta la bahía de Sudac, región áspera pero cultivada y cubierta de viñedos. Pase nos pues, rápidamente por delante saludando con un postrer adiós los restos de la antigua Sudac, la bonita residencia de la emperatriz, Yalta, ese bonito faro de Aitodor, el palacio Woronzoff y esas mil casas de recreo á cual más ricas y pintorescas.

Ahora que van á cruzar el mar Negro en todos sentidos buques ingleses y franceses, y vapores de todas las naciones, los viajeros al abrigo de los pabellones consulares podrán visitar esos distintos puntos, y al salir de esa tierra, hasta hoy casi tan impenetrable como la China, podrán arrojar una mirada de recuerdo y una corona de siempre vivas sobre los valientes soldados de ambos campos que con tanta crueldad mató la guerra.

DURAND-BRAGER.

LA MINA DE ORO,

6

DON GUTIERRE FERNANDEZ DE TOLEDO.

POR EL CONDE DE FABRAQUER.

(Continuación).

— Además no tengo rencor ninguno contigo... Olmedo te ha prometido enriquecerte cuando él sea rico; yo ya lo soy... porque había enterrado tesoros...

— ¡Excelente precaución!...

— Si tú quieres tendrás tu parte en ellos...

— No es cosa de rehusar...

— Pero aquí... puede reconocermé cualquiera... Olmedo que vive en palacio y está en él esta noche, podría salir y verme... yo quiero que absolutamente ignore mi vuelta... Sígueme por esta calle... en aquel rincón que está algo oscuro...

— Ya os sigo... Y al mismo tiempo echó á andar con el Fortuño, hombre de resolución y de puñal, y que no tuvo ningún recelo de hallarse frente á frente con un anciano débil y de escasas fuerzas.

Iban ya á comenzar sus tratos en el rincón de la plaza y en la oscuridad de la sombra que proyectaba una de las casas, cuando vieron que salía por la puerta del palacio un hombre. Para evitar el ser vistos é interrumpidos en el asunto importante para ambos que iban á tratar, echaron por la calle abajo, y solo quedó en la plaza el hombre que acababa de salir de palacio.

V.

El hombre que á aquella hora salía del palacio solo á respirar en la plaza la brisa de una hermosa noche de verano, era don Enrique de Trastámara, que en vano desde su vuelta de Asturias, había procurado conciliar el sueño bajo los dorados techos de su régia cámara. Agolpábanse á sus ojos lágrimas de que él mismo se avergonzaba, tratando de persuadirse que no lloraba por objetos queridos á su corazón, sino por su pérdida alegría... por su última ilusión que había visto desvanecerse... Padecía, porque es muy cruel ver deslizarse entre las manos toda amistad, todo consuelo. Enrique de Trastámara era un hombre avaro de simpatías. Jimenez de Sandoval había muerto peleando por su causa... María era la hija de don Gutierre Fernandez de Toledo... ¡María, su solo amor!...

No podía ver perdidos para él todos estos objetos, sin sufrir horriblemente. Sumido en estos tristes pensamientos, después de haber dado lentamente algunos pasos, se apoyó sobre la barandilla de piedra de la escalinata del palacio, permaneciendo concentrado en sí mismo.

Casi al mismo tiempo Alvaro se dirigía al palacio desde donde fué derribado en otro tiempo. No se hallaba como entonces rodeado de sombrías centinelas porque lo habitaba ahora un rey que permitía aproximarse á él libremente al pobre... No podía aguardar, necesitaba venir temprano porque su padre se hallaba sin asilo y fuera de la ley á causa de la revelación que le habían hecho y que él venía á hacer... Tenía confianza en la protección del rey. Intentaba penetrar en el palacio sin haber calculado el cómo. Al subir los primeros escalones del pórtico, don Enrique de Trastámara volviendo en sí

cual si se despertase con el ruido de sus pasos, preguntó: ¿quién va?... y reconociendo inmediatamente á Alvaro, exclamó:

— ¡Gran Dios!

Alvaro volviéndose al eco de su voz, tornó á bajar los escalones, y reconociéndole al mismo tiempo, exclamó también:

— ¡Martin!

— ¡Alvaro aquí! dijo sorprendido Enrique.

— ¡Martin!... no, no me engaño... Martin con un rico vestido hoy, y eniendo una espada.

— Si... Martin no es ya un trabajador.

— ¿Desde cuándo has abandonado las minas?

— Desde la primera batalla de Enrique de Trastámara.

Ah! has ganado dignamente esa espada... Tanto mejor, hermano mio... y al mismo tiempo le alargó su mano.

Fingió don Enrique no haber visto su acción, y le respondió:

— Si, la he cambiado por mi sangre y el cielo ha favorecido mis esfuerzos.

— Bien has merecido el ser feliz, pero la felicidad te ha cambiado, Martin.

— ¿Por qué?

— Porque en vano te he alargado ya dos veces mi mano.

Dióle entonces la mano don Enrique diciéndole con la mayor efusión:

— ¡Alvaro!...

No podía persuadirse don Enrique que el antiguo amigo de su infortunio fuese culpable, y continuó diciéndole:

— ¿Y tú no has peleado por don Enrique de Trastámara?

— No, no podía hacerlo, contestó tristemente Alvaro.

Soltó inmediatamente su mano don Enrique, y sin hablarle una palabra disponíase á volver á entrar en palacio, cuando Alvaro deteniéndole le dijo:

— ¿Tienes derecho á entrar aquí?

— Sí.

— ¿Puedes aproximarte al rey?

— Sí, ¿por qué?

— Martin, llévame á su presencia.

— ¿A tí?

— ¡Oh! ¡que yo le vea un instante!...

— Pero loco, ¿qué esperas, pues?... ¡tú que te atreves en este momento á presentarte en Leon!... Tú quieres acercarte al rey... pero si te preguntase tu nombre, ¿qué le responderías tú?

— Se lo diría.

— ¿Y te llamas?...

— Alvaro Fernandez de Toledo.

— ¡Alvaro Fernandez de Toledo!... ¿Y te atreves á decirme á mí?...

— Llévame al lado de don Enrique.

— ¡Aguarda!... Acabas de decirme tu nombre, y tú no me has preguntado el mio.

— ¡Tu nombre! contestó sorprendido Alvaro.

— El tío Pedro me ha ocultado á mí su nombre en otro tiempo: ¿quién te dice que yo no os he ocultado el mio?

— ¿Y te llamas?

— Enrique de Trastámara.

— ¡Enrique de Trastámara!... ¡Oh! mi padre se ha salvado... Martin, siempre he presentado que serias un día un grande hombre... Tú, el rey!... Y cayendo inmediatamente de rodillas á sus piés, exclamó: perdóneme vuestra alteza... El que os pide justicia debe obtenerla, ¿no es verdad?

— ¿Justicia?

— Rey mio, don Gutierre está inocente... doña Leonor de Guzman, vuestra madre, fué asesinada en Talavera por un traidor enviado por don Pedro: yo os lo probaré.

— ¿Qué dices?

— Yo os mostraré el asesino de vuestra madre.

— ¡Al asesino!

— Os lo mostraré, señor, cuando tenga todas las pruebas.

— Pero cuando... cuándo... replicó con impaciencia don Enrique.

— Muy pronto rey mio; pero antes de atacar al culpable, pensad primero en el inocente: hace quince años que está sufriendo... Vuestra alteza lo sabe... El decreto que hace tres días ha firmado, pone á mi padre fuera de la ley.

— ¿Un decreto firmado por mí?

— Han abusado de vuestro nombre, ¿no es verdad? dijo vivamente Alvaro.

— Sí, Alvaro... pero el tío Pedro... María... ¿dónde están?

— Acabo de dejarlos á las puertas de la ciudad... porque los que deben temer la presencia de don Gutierre podrían encontrarle aquí, y esos saben que está fuera de la ley... y yo quería acercarme al rey para pedirle para mi inocente padre un asilo hasta mañana... Si no estuviese seguro de poder probar la inocencia de mi padre, no pediría ponerlo en manos de vuestra alteza y traérselo como rehenes...

— Pedro no es culpable... reclama un asilo... tendrá mi palacio. Date prisa, Alvaro: porque la rehabilitación de Pedro es mi alegría. ¡Padecía tanto en aborrecedores después de haberlos amado tanto! Vén, ¿en qué te detienes? dos veces he abierto mis brazos para abrazarte... Marcha, tráeme pronto á Pedro, á María, quiero declarar en presencia de todos que están bajo mi salvaguardia.

— No haga eso vuestra alteza; el que ha desgarrado el pecho de vuestra madre con el puñal, podría huir ó combinar una nueva infamia.

— ¿Con qué está en palacio?

— Está.

— ¿Su nombre?...

— No podría creerlo vuestra alteza; pero al amanecer os diré su nombre, porque entonces tendré pruebas.

Quiso marcharse Alvaro, pero deteniéndole el rey, le dijo:

— ¡Su nombre, Alvaro, su nombre!... Tú no has podido creer que yo tendría paciencia para aguardar un minuto la revelación de un hombre que sabe quien fué el asesino de mi madre. ¡Su nombre; dime su nombre!...

— ¿Lo quiere vuestra alteza?

— Sí, sí, lo quiero... yo te lo mando.

— Es don Alonso Fernandez de Olmedo.

— ¡Olmedo!

— Ha dado de puñaladas á doña Leonor de Guzman...

— ¡Tú estás loco!

— No, rey mio, no.

— Olmedo... Empero, ¿dónde está el crimen, dónde está la virtud? ¿Tan confundidos se hallan que no puedan distinguirse? Olmedo acusa al tío Pedro que me ha salvado la vida: el tío Pedro acusa á Olmedo que me ha revelado un sublime pensamiento, que pone en mi poder providencialmente inmensos recursos...

— Olmedo no ha tenido jamás sublimes pensamientos; ha robado el fruto del valor y del pensamiento de otro, contestó con energía Alvaro.

— ¿Y quién lo probará?

— La montaña, contestó radiante de entusiasmo Alvaro, porque un hombre ha grabado su nombre sobre las mas elevadas rocas, y ni la nieve ni el sol habrán borrado aquel nombre.

— ¿Pero ese nombre, lo sabes tú?

— ¿Se acuerda vuestra alteza de la cabaña del leñador Pedro, y de las largas ausencias de Alvaro que tanto afligian á su padre?

— Sí.

— ¿No os acordais tambien de que una noche prometisteis cambiar vuestros secretos con los suyos, y que entonces os confió Alvaro que la realización de su proyecto enriquecería á Castilla?

— ¡Ah! ¡Jamás se apartará de mí el recuerdo de aquella noche!

— Ni de mí tampoco, señor... porque fué aquella noche cuando me robaron el libro que Olmedo ha firmado con su nombre.

— ¿A tí?

— A mí, Alvaro Fernandez de Toledo.

— Ese libro...

— Era el fruto de mi trabajo y de mis pensamientos... Y mi nombre el que os dirá la montaña... y aquella misma noche, señor, me lo robaron durante mi sueño... mi capa y mi gorro con él...

— ¡Tu capa, yo soy quien la cogió!... replicó asombrado el rey.

— ¿Vos?

— Sí, para escapar á las pesquisas... ¡Me veía vendido, me veía perdido!... ¡Oh! no era á don Enrique de Trastámara á quien creyeron matar, sino á Alvaro. A tí te han robado, hermano, á mí me han herido... ¿Nos vengaremos juntos, ¿no es verdad? ¿Por qué no has acudido á mí antes?

— Estaban encadenadas mis manos...

— ¿Preso?

— No, señor; en galera, por los ladrones. — ¡En galeras!... ¡Oh! morirán esos infames que enviviéndose en el sublime despojo de su víctima, han hecho una capa que ocultaba la sangre de mi madre y la mía... porque el asesino, el espía y el ladrón...

— Es Olmedo, señor, siempre el mismo Olmedo.

— ¡El!... Pero tú me has prometido pruebas... las necesito convincentes, porque ya lo ves, Olmedo aparece haber hecho un gran servicio á mis reinos...

— Para derribar un ídolo sin excitar rumores, es preciso dar con seguridad un golpe... lo sé. Dentro de algunas horas podremos hacerlo, y si no he podido aguardar hasta entonces para aproximarme á vuestra alteza, es porque mi padre está en peligro de muerte...

— Corre inmediatamente á buscarlo, Alvaro; marcha; esta puerta se abrirá para vosotros, pero secretamente aun: hemos sido hermanos por la desgracia... lo somos por el peligro... lo seremos por el poder... Pues que somos hermanos, tu familia es la mía... ya hace un año que no he visto mi familia.

— Rey don Enrique, defenderéis á don Gutierre... y despues, Martin... ¿tú me harás tambien justicia... no es esto?

— Como á mi hermano, dijo el rey apretándole la mano y dirigiéndose hácia palacio. Aquí os aguardo.

Alvaro le acompañó hasta la puerta, le estrechó segunda vez la mano, y el rey entró en palacio. Asombrado con cuanto acababa de pasar, permanecía aun sobre los escalones del pórtico Alvaro, no acabando de persuadirse de que Martin era el rey. Veía la puerta por donde le había dicho que entrase con su familia, y aun resonaban en su oído sus últimas palabras: «date prisa, Alvaro.» Palpitaba fuertemente su corazón con tantas emociones, empero mientras se hallaba en esta suspensión, salió por una puerta falsa del palacio Olmedo, y al reconocer á Alvaro, cuyo semblante iluminaban los rayos de la luna, quedó como petrificado. Alvaro sin verlo volvió en sí de sus reflexiones, atravesó la plaza, y tomó por una de las calles que desembocaban en ella.

Olmedo con paso vacilante se dirigió hacia el punto de la plaza donde había sombra, y casi desfallecido se apoyó sobre la pared viendo alejarse á Alvaro. Apenas daba crédito á sus ojos. Sabía que los que se entierran no vuelven á aparecer sobre la tierra... Que no vuelven los que traga el fondo del mar... ¿Había el almirante Boca-Negra engañado al rey don Pedro?... Creía que aquel no era el galeote, era una visión... fantasma abortado por los terrores de su inquieta conciencia. Pero los fantasmas no andan... se deslizan, se evaporan, y él había oído resonar sobre las losas de la plaza el ruido de los pasos de Alvaro. Quería volverse al palacio temeroso de volver á hallar el fantasma... y temía también que su delirio no le descubriese... si venía á buscarle allí la fatídica visión. Oyó pasos en una calle inmediata y se estremecieron todos sus miembros. Vió aparecer un hombre, y le faltaron las fuerzas, creyendo que era el que pocos momentos antes había visto. Reconoció al fin en él á Fortuño, y cual el naufrago que en su agonía se ase rápido á una tabla, así se precipitó al encuentro de Fortuño agarrándose convulsivamente á su brazo.

— ¿Qué tienes? le dijo este al ver el convulso estremecimiento de sus miembros. Iba á buscarte á palacio.
— ¿Fortuño!... ¿Qué te he prometido yo por tu parte, y qué me has pedido tú? le dijo Olmedo con balbuciente voz.

— ¿Por mi parte en aquella buena presa?
— Sí.
— Ducados mientras los haya... y me has dicho que los habría siempre.

— ¿Y si lo hubiese yo perdido todo mañana?
— ¿Y cómo?
— ¡Fortuño! De todos los galeotes asesinados ha quedado uno que está ahora en Leon, y que no tiene mas que decir una palabra para probar que he mentado.

— Lo sé muy bien... yo le he visto.
— Tú también... tú, ¿lo has visto bien? replicó aterrado Olmedo.
— Como te estoy viendo á tí... Porque me ha hablado aquí... en este mismo sitio.

— ¿Te ha hablado?... ¿Qué te ha dicho?
— En pocas palabras y en plata... que quiere vengarse de tí, hacerte cortar la cabeza y enriquecerme.

— ¿Y tú te habrás negado?
— Yo no sé vender á un hermano... Tengo probidad en mi oficio, y he comprendido rápidamente lo que tú debes comprender...

— ¿El qué?
— Que es preciso absolutamente que ese hombre haya dejado de existir antes de mañana... Y ya le he tendido un lazo...

— ¿Cuál?
— Le he dado cita esta noche en la casa aislada en que me alojo, á lo último del arrabal, y venia para decirte que insensatamente va á entregarse él mismo en nuestras manos, y que es preciso que nos demos prisa para llegar antes que él... Vénte.

— ¿Pero y si echan de ménos mi presencia en palacio?
— Mas tarde te disculparás.

— Yo creo que vale mas que yo me vuelva á palacio... Sí, para... distraer... Para que no se fijen en mí.

— No... debemos partirlo todo como hermanos... y yo no quiero cargar con el trabajo, mientras tú estás en el palacio descansado... Además, mientras que el uno obra debe velar el otro por la seguridad comun... Vénte... yo daré el golpe... Tú velarás... Despachémonos.

— Pero mañana encontrarán su cadáver...
— Pero no buscarán á su asesino... ¿No estaba proscrito? Su muerte no puede inquietarnos... Pero sus revelaciones nos perderian... Vacilas aun... ¿Quieres que ese hombre mañana pueda ver al rey?

— No.
— Pues entonces ¿qué es? ¡Miedo! Tú eres valiente con los brazos de otros... Vamos, no nos paremos en tan buen camino.

— Vamos, dijo animándose Olmedo, y si tú quieres yo daré el golpe...
— No, tengo mas confianza en mí mismo.

Y agarrados los dos del brazo y hablando con agitacion, aunque misteriosamente y en voz baja, salieron de la plaza.

Pocos instantes despues Alvaro, el tío Pedro y María entraban en la misma plaza por una calle situada á la derecha. El anciano padre, aunque andando con trájajo daba el brazo á su hija, en tanto que Alvaro se adelantaba á la puerta del palacio. Profunda tristeza revelaba el rostro de la linda jóven, á quien con afables palabras trataba de dar ánimo y valor el anciano.

— Bien lo sabeis, padre mio... yo amaba á Martin el trabajador.
— Pobre hija... exclamó con emocion el tío Pedro.

Al llegar Alvaro á la puerta de palacio le preguntó qué queria uno de los que guardaban la puerta, pero á pocos momentos se presentó en ella el rey don Enrique, y viendo al tío Pedro y á María bajó rápidamente la escalinata del pórtico para salir á su encuentro.

— ¡Señor! exclamaron á un tiempo respetuosamente el padre y la hija.
— ¡Oh! llámadme como en otro tiempo... ¿no es así, María? Y al mismo tiempo la cogia las manos que tenia heladas como un mármol. ¡Oh! entrad, entrad, les dijo.

— ¿Nosotros tan miserables, entrar en palacio? dijo el anciano.
— Cuando yo era miserable tú me has abierto tu

puerta, Pedro... Ahora me toca á mí abriros la mia.

— Ven, hija, ven... Hace quince años como capitán de guardias entré en el palacio del rey... el anciano soldado que jamás faltó al honor debía volver á él un día.

Entraron en el palacio conducidos por la mano misma del rey. Alvaro iba detrás de ellos derramando en su felicidad lágrimas, cuyo valor no conocen ni comprenden los que nunca han padecido.

VI.

Habia amanecido el dia en que Enrique de Trastámara debía hacer su entrada pública en la magnífica catedral de Leon, para ir á dar gracias al Señor por sus victorias y por los inmensos recursos que proporcionaba á su causa el reciente descubrimiento hecho en las montañas de Asturias. Para honrar al descubridor había resuelto don Enrique que este cabalgase á su derecha en un soberbio palafren, y en medio de la comitiva de los ricos-hombres de Castilla. Debía salir la comitiva del palacio y era un dia de fiesta para todos los habitantes de Leon, que no hablaban mas que de oro y de las inmensas riquezas que iban á engrandecer aquellos pueblos. Aproximábase ya la hora de este paseo triunfal, y en el pórtico del palacio veíase ya un soberbio alazan cordobés ricamente enjaezado, que con impaciencia con sus ligeras manos golpeaba el suelo. Era el caballo que debía montar don Alonso Fernandez de Olmedo.

Poco antes de amanecer don Gutierre Fernandez de Toledo y su hijo Alvaro habian salido por órden del rey para acudir á la cita que le habia dado Samuel Levi, que para vengarse de Olmedo debía darle aquellas pruebas irrecusables, por medio de las cuales podria el rey y el pueblo, que le miraba con entusiasmo, pasar á la conviccion de que era un astuto criminal digno de un terrible castigo. Don Gutierre habia querido acompañar á Alvaro... El amor paternal le hacia ser la sombra de su hijo. María habia quedado al lado del rey, de su antiguo amante, pero una cruel inquietud agitaba su corazon, temerosa del peligro que pudieran correr su padre y hermano.

— No corren ningun peligro... la decia con el mayor amor el rey. Pronto volverán para no separarse mas de nosotros, porque un vínculo solemne debe, segun espero, unirnos mas fuertemente aun.

— ¿Un vínculo solemne? preguntó tímidamente María, atreviéndose apenas levantar los ojos del suelo.

— Sí, María... y este vínculo comprenderás fácilmente cómo debe formarse... Sí, Enrique te llama hoy, como en otro tiempo te llamaba Martin... su querida María.

— Pero hoy sois rey... dijo María centelleando sus ojos de amor y de placer.
— Y mañana será María la hija del conde Gutierre... y la hermana del adelantado de Asturias...

— ¿Estais soñando, señor?... replicó modestamente María.

— No, es la realidad.
— Vos lo sabeis, señor, los matrimonios de los reyes hacen las alianzas de los reinos... Pero yo doy gracias al cielo que os ha concedido un destino tan glorioso, y á mí el poder ver á la vez á mi padre en medio de sus compañeros de armas, á mi hermano triunfante de la intriga, recompensado... y á Enrique coronado... ¡Oh! quiero vivir feliz con todas vuestras alegrías, y retirarme á un convento tranquilo y silencioso, donde poder rogar á Dios por vosotros tres juntos.

— ¿A un convento!... exclamó sorprendido el rey.
— Sí, pero no pronunciaré en él mis votos.
— ¡Oh! jamás, ¿no es verdad, María?
— Jamás...

— ¿Y por qué quieres conservar tu libertad?
— Porque la que no puede ser la compañera de un rey, quiere poder mas tarde serlo de Enrique, si un dia perdiese su trono y su poder, amenazado hoy por don Pedro, auxiliado de la Francia.

(Se concluirá.)

Revista de la Moda.

SUMARIO. — La elegancia dispersa. — Boga del sombrero Panamá. — Traje que exige el Panamá. — De cómo se visten los pastores parisienses. — Carreras en el agua en la Marche. — Escuela de natación para los caballos. — La sociedad de los barqueros. — De donde se encuentra el lujo en la moda. — Dos trajes de caza. — Una casaquilla con siete bolsillos. — Un frac de librea. — Un melon en la cabeza. — Trajes de niño. — Descripción del figurin de este número.

La moda elegante duerme y no sobre sus laureles, pues no pueden llamarse laureles los fracs, pantalones y sobretodos que conservan de año en año casi la misma forma y el mismo corte. Si se exceptúan los trajes de caza no se hace nada nuevo; la elegancia anda dispersa por los baños, por el extranjero ó por las provincias, pues está convenido que es de mal tono pasar el verano en Paris. Así los parisienses han adoptado el traje de labradores y de aldeanos para hacer creer que viven en el campo. El sombrero llamado Panamá tiene una boga inmensa, y con razon; á mí me parecen tan bonitos como cómodos esos sombreritos redondos de paja con cintas de terciopelo negro, y si yo fuera hombre no llevaria otro sombrero en la cabeza. Al cabo éste es gracioso, en tanto que el de copa alta es horroroso... y además, ¿para qué sirve? Los hombres

formales pretenden que el Panamá es demasiado ligero y que si se presentaran para grandes especulaciones industriales con un Panamá en la cabeza nadie tendria en ellos ninguna confianza. Es cierto que el Panamá exige casi un traje de pastor, pues el sombrero de copa alta no puede llevarse con un pantalon, una chaqueta y un chaleco de piqué blanco bajo pena de parecer un albañil ó un labrador con sus galas del domingo. Para el labrador el sombrero negro es el tipo de la elegancia mas perfecta; sin él no se cree vestido, y desconoce que su sombrero redondo de paja ó de fieltro tiene mas gracia y mas carácter. Los pastores parisienses que van á las carreras de la Marche y al Pré Catelan llevan el traje de un solo color, blanco, nankin ó ceniciento, pero el blanco es preferible; da un aire elegante porque exige cierto lujo y cierta frescura. Los trajes de fantasia acabarían quizás por ser aceptados por lo mas selecto de la elegancia francesa y extranjera. Se abandonarán durante el verano los fracs negros y azules al vulgo de los hombres, y el traje de aldeano recobrará poco á poco sus antiguas tradiciones de gracia y de coquetería.

Las últimas carreras de la Marche han sido tan particulares que tengo que hablar de ellas bajo el punto de vista de la moda. El sport no sabe ya qué imaginar para ocupar la atencion de la Europa. Actualmente no se trata de recorrer en el hipódromo de la Marche un largo espacio y llegar ántes, ni de saltar cercados y barreras y fosos llenos de agua, sino « de correr por un rio lleno de agua. » Jockeys y caballos se precipitan en el rio, se sumergen, aparecen y desaparecen á porfia como unos patos, y los espectadores aplauden con frenesí, y dicen que estas carreras por el agua son muy superiores á las otras. El dia que se inauguró esta funcion nueva sacaron á un pobre jockey de quince años casi ahogado. Pero el pueblo parisiense se hace bárbaro y cruel, y se parece á aquel inglés que no perdía una de las representaciones de Van Amburg, el domador de fieras, prometiéndose encontrar un dia la satisfaccion de ver como su tigre le devoraba.

Probablemente se organizará una escuela de natación para los caballos á fin de que sepan nadar para los nuevos ejercicios que se les destina.

Además de los gentlemen-riders y de los elegantes del sport, hay otra sociedad no ménos célebre, la « sociedad de los barqueros. » Es una especie de comunidad acuática en la que están confundidas todas las categorías y todas las fortunas, pues hay entre los barqueros hombres ricos y nobles, empleados y horteras. Estos señores remedan en sus maneras á los marinos que no teniendo mas horizonte que el cielo y el agua no necesitan acomodar sus hábitos á las exigencias de una sociedad de la que ya no forman parte. La hermosa juventud parisiense quiere apartarse cada dia mas de la cortesia tradicional; hoy está á la moda el no gastar ceremonias para nada; se visten de cualquier modo; algunos hombres pretenden que las modas exageradas de las mujeres son causa de esto, pues tienen que hacer economías para poder sostener el lujo femenino. Pero es de advertir que estos mismos hombres gastan á menudo en vanidades tanto dinero como gastan sus mujeres en vestidos.

Realmente en el dia la moda ligera solo se halla en los extranjeros y en algunas familias aristocráticas de Francia. Estas personas se visten con arreglo á todas las exigencias. Traje de mañana; — de paseo; — de visita; — de pescar; — de baño; — de caza, etc., hé ahí el guardarropa de un hombre elegante.

El traje de caza se divide en varias categorías; la caza á pié, la caza á caballo, la caza en las lagunas. El traje de caza á pié se compone de una casaquilla de paño mezclilla ó impermeable, con un corte holgado, abotonada derecha por delante. Esta casaquilla tiene siete bolsillos, á saber: dos á los lados con carteras; otros dos detrás en los faldones; uno exteriormente á cada lado del pecho, y el séptimo en el interior al lado izquierdo. El chaleco es de fantasia; el calzon es largo y ancho de terciopelo rayado, con polainas de cuero y zapatos gruesos de becerro. ¿Y el sombrero? Ya se comprenderá que es un fieltro con alas abarquilladas por ambos lados.

El traje de caza á caballo es casi una librea en el siglo en que vivimos en que hay tan poca riqueza en el vestir. El frac es de paño escarlata (género inglés) con el cuello de terciopelo azul claro, así como las bocamangas. El delantero va adornado con galones de oro; las bocamangas llevan igual galon, y todo al rededor de la prenda se ve un ancho galon de montería oro y plata. El chaleco es de terciopelo del mismo color que el cuello y las bocamangas es muy ancho, aunque sin faldetas; se abotona derecho, tiene un cuello alto que puede bajarse. El calzon, de piel de gamo, es muy ajustado. En la cabeza se lleva una gorrita llamada « de melon » de terciopelo azul con visera levantada.

Tales son los trajes de caza que se preparan para fines de mes.

Los trajes de niños son siempre muy caprichosos. Los de cinco á seis años no llevan mas que una pequeña blusa de valencias ó de piqué con dibujos; estas blusas, muy cortas, abren sobre el delantero y el cuerpo va fruncido; las mangas, anchas y cortas, llevan ó no abierta á en la sangría segun la pasamanería que las adorna. Con esta blusa se gasta un pantalon blanco guarnecido con un encaje que viene á la rodilla, y unos pequeños botines ó sino botitas subidas abotonadas sobre el lado. En la cabeza una gorrita de paja adornada con cintas y una pluma al lado. Este traje, aunque muy bonito, es bastante holgado para que el niño tenga libertad en todos sus movimientos.

Para la edad de siete á nueve años, se dice que en el invierno próximo se harán una pequeñas polacas cerradas derechas y adornadas con trenzillas por delante; pero actualmente llevan prendas muy anchas. Les hacen chaque-

tillas-paletós, que caen derechos por delante y por detrás sin señalar los contornos. Estas chaquetillas son de cachemira azul ó gris, y no llevan ningun forro por dentro; el cuello forma una especie de chal muy suelto y abotonado alto. No se ponen bolsillos, ni tampoco bocamangas; las mangas se hacen muy anchas y llegan casi á la muñeca. En los pantalones igual corte que los de los hombres, excepto los que se hacen con pliegues en la cintura sobre el delantero. Los chalecos son de piqué blanco, de cuello alto y se abotonan derechos.

De diez á doce y aun á catorce años los niños llevan jaquetas de paño fino mezclilla, ó de esas telas ligeras fabricadas para los trajes de fantasía con que se hacen también los vestidos de amazona de otoño y aun de invierno.

Estas jaquetas son de un corte fácil y natural y se cierran con tres botones. Vistas por detrás figuran la levita á la inglesa, ménos ajustada; por delante tienen el aspecto del paletó, pues el cuerpo va con los faldones sin mas separacion que la costura de cintura llamada de embebido.

Nuestro figurin de este número representa un traje de niño, con algunos otros de vestir.

El primero pertenece á un jóven de algunos treinta años: se compone de un frac á la francesa de paño negro inglés respunteado al borde. Aunque solo lleva una hilera de botones los delanteros tienen solapas bastante anchas; el largo del talle es el ordinario, y en lo alto de los faldones hay unas carteritas cuadradas que cubren las caderas sin bolsillos; estos solo se encuentran por detrás. Las mangas tienen una anchura ordinaria en su conjunto y no llevan bocamangas.

Chaleco de hilo gamuza, derecho, abierto, con cuellecito alto y poco largo por abajo. Pantalón de la misma tela de una anchura de piernas ordinaria; se lleva con trabillas ó sin ellas.

Despues vemos un niño de seis á siete años con un pequeño caraco de merino verde, con falda y pantalón de lo mismo; estas tres piezas que forman el traje llevan al borde un galon negro cosido llano todo al rededor.

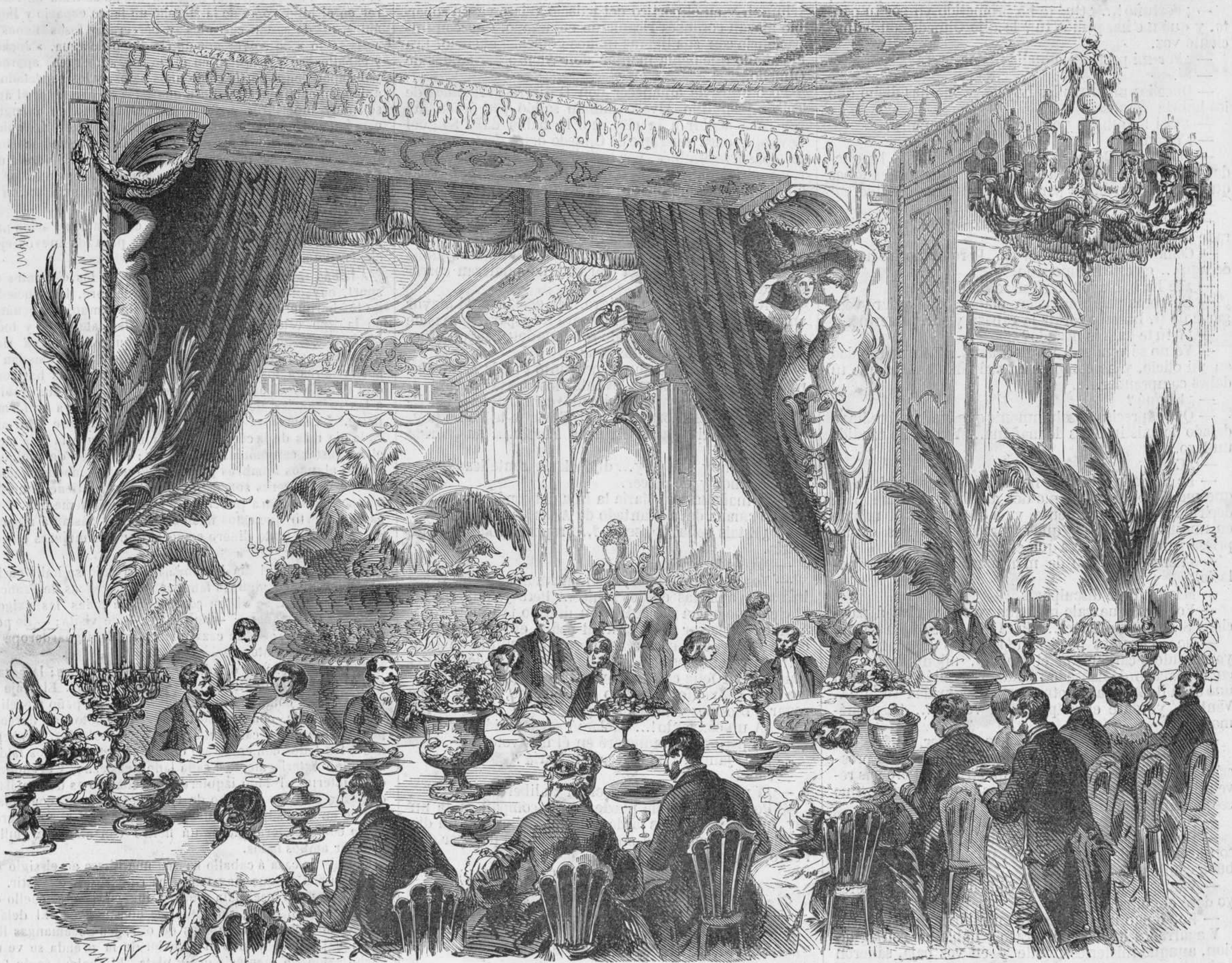
La tercera figura ofrece un traje de mañana para los baños. Compónese de un pequeño sobretodo con tres costuras, la de en medio de la espalda y las dos de debajo de los brazos; las mangas no llevan bocamangas.

Debajo se puede llevar una prenda con tal de que sea ligera, como una jaqueta inglesa ó una casaquilla de verano. El chaleco tambien debe ser de fantasía. En cuanto al pantalon de una tela rayada, tiene una anchura de piernas ordinaria, y trabillas.

Luego vemos un jóven elegante con un traje de dia sencillo, pero distinguido, aunque momentáneamente no esté tan en boga como los fracs á la inglesa creados de intento para que reemplacen la levita suelta. Es, pues, una pequeña levita de paño azul claro con una sola hilera de cuatro botones que cierran fácilmente. El cuello y las solapas van cubiertos con una seda de fantasía del mismo color. El chaleco, que en parte se halla oculto por la levita, es de piqué de fantasía, de chal y un poco largo. El pantalon de nankin, derecho sobre la bota. Corbata granadina rosa.

El quinto traje que se distingue entre una arboleda se compone de una jaqueta, de un chaleco y de un pantalon de hilo inglés, con sombrero Panamá. Es un traje de aldeano para el campo y el interior de casa.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.



Banquete dado por las familias rusas de Baden con motivo del cumpleaños de la emperatriz viuda de Rusia.

Una fiesta rusa en Baden.

El banquete dado por las familias rusas el domingo 13 de julio con motivo de ser el cumpleaños de S. M. la emperatriz viuda de Rusia, ofrecia un aspecto encantado. El establecimiento llamado de la *Conversacion* habia puesto sus nuevos y magnificos salones á la disposicion de los ilustres convidados. La mesa de cuarenta y ocho cubiertos estaba en la galería llamada *Jardin de invierno* en medio de las plantas y arbustos mas raros, y bajo una admirable bóveda de donde colgaba una araña maravillosa acompañada de otras varias que por todas partes hacian resaltar el buen gusto y las suntuosidades artísticas de aquellos lugares.

El príncipe Mekersky, gran mariscal del palacio de S. M. la Emperatriz viuda, que por su salud y á causa del luto de su corazon se veia obligado á permanecer en los baños de Wilbad, habia dirigido esquelmas de con-

vite para la comida y para el baile á los rusos, franceses, alemanes é ingleses mas notables que se encuentran en Baden. Entre los convidados se contaban S. A. R. el príncipe Federico de Prusia; el príncipe de Furstemberg; la señorita de Bardenieff, primera dama de honor de S. M. la Emperatriz viuda; la princesa de Butera; el príncipe y la princesa Wiasemski; el príncipe y la princesa Gogarnie; el príncipe Ribesco; el príncipe Labanoff; el baron de Faubeheim, gran mariscal del palacio de S. M. el rey de Wurtemberg; el baron de Schrekstein, gran mariscal del palacio de S. A. I. y R. la gran duquesa Estefania; el baron y la baronesa de Offerstedt; M. Cunts, director de la villa de Baden, etc.

La comida se confió á M. Weber, de la *Restauration* y fué digna de su fama gastronómica.

En los postres se echaron brindis únicamente á los héroes de la fiesta, á S. M. la Emperatriz viuda de Rusia, y á las bodas recientemente anunciadas de S. A. I.

el gran duque Miguel de Rusia con la princesa Cecilia de Baden. La música austriaca tocaba durante la comida con su perfeccion acostumbrada. Luego los convidados pasaron al gran salon Luis XIV separado únicamente del Jardin de invierno por una galería espléndidamente adornada. El baile al que habian sido convidadas muchas personas distinguidas estuvo brillante. — Así, los augustos personajes colocados á la cabeza de esta reunion quedaron altamente satisfechos de esta fiesta incomparable.

El baile se prolongó hasta las tres de la mañana con una animacion y una alegría que inspiraban la esperanza fundada de un alivio en el estado de la salud de S. M. la Emperatriz viuda, y los sucesos felices que van á cumplirse para este país; pues en setiembre próximo deberá tener lugar el matrimonio de S. A. R. el príncipe regente de Baden con la hija del príncipe de Prusia.

A. D.